

Al Ilustrísimo
Fundador de nuestro Seminario

Dr. fr. Mateo
Panduro y Villafañe



Homenaje

(folleto conmemorativo)

Valderas, 9 Junio 1925.

Las Comisiones.

JT
COM

AL ILMO. FUNDADOR
DE NUESTRO SEMINARIO

*Dr. Fr. Mateo
Landuro y Villafañe*



HOMENAJE

(Folleto conmemorativo)

Valderas, 9 junio 1925.

Las Comisiones.

+ 600555
C.

INTRODUCCIÓN

Unas líneas me piden que sirvan de prólogo; una sucinta reseña que recoja y guarde, siquiera en rasgos generales, recuerdos y fechas; algo que haga respirar, cuando vaya pasando el tiempo, fe, paz, dicha, gratitud y amor.

Difícil es una reseña sucinta, aunque no la necesite ni uno sólo de cuantos tuvimos la dicha de tomar en aquellos festejos la menor parte. Imborrable será siempre su recuerdo para nuestro corazón. Mas... pongamos freno al entusiasmo y cumplamos nuestro encargo con la mayor docilidad.

* * *

La idea del homenaje, su historia... ¿cuándo comienza? La historia de las ideas nobles y grandes comienza siempre por las inteligencias privilegiadas que saben depositar con mucha delicadeza y cariño su germen fecundo en los corazones generosos y en los espíritus elevados. Cuando el germen se desarrolla y agiganta, funde con avasallador poder corazones y espíritus; se infunde, se trasfunde, se hace popular, y llega un momento en que los corazones viven con vida sobrehumana y espiritual. Mas, pongamos nuevamente freno y cumplamos nuestro encargo.

Como en todo germen, es difícil señalar en el Homenaje un momento preciso para los comienzos de su vitalidad. El acuerdo que hace ya tiempo tomara el Excmo. Ayuntamiento, de poner a una de las mejores calles de Valderas el nombre del insigne Fundador de nuestro Seminario, es quizá la primera ostensible manifestación de aquel germen fecundo. Un segundo acuerdo que tomó no ha mucho tiempo la misma Excelentísima Corporación municipal, con aplauso de todo el pueblo y a instancia de un hijo ilustre de la villa, Sr. Vázquez de Prada, diputado provincial por el distrito de Ríoseco-Villalón, de colocar en el vestibulo del Seminario, una gran lápida, imperecedero recuerdo de su cariño, admiración y gratitud al benemérito religioso e insigne obispo, hijo predilecto de Valderas, fué una segunda manifestación de su vigor y pujanza. La reunión que a mediados de Febrero tuvo lugar en el Teatro de la villa bajo la presidencia del Ayuntamiento, y de la cual salió ya constituido el Comité Organizador, fué su aparición oficial y solemne. Desde aquel fausto día, la palabra Homenaje brotó millones de veces de todos los labios.

Los iniciadores de aquel movimiento contaban con la cooperación valiosísima de los Antiguos Alumnos. Acertaron, a fe; porque a los tres días, ya los Sacerdotes, antiguos alumnos del Seminario con residencia en Valderas, habían constituido su Comisión y, de acuerdo con el Comité Organizador, se iban repartiendo los trabajos, presa del mismo entusiasmo por la feliz realización de tan grandiosa idea.

No hemos de regatear plácemes ni aplausos a un Comité Organizador y a una Comisión de Antiguos Alumnos, dedicados en cuerpo y alma por espacio de algunos meses a organizar, con los tan escasos elementos que pudieran

reunir para tan noble fin en su querido pueblo, un Homenaje, digno del insigne Fundador del Seminario y de su ilustre villa. Antes de un mes y transcurridos que fueron los primeros días de inquietudes, cálculos y vacilaciones, pudieron presentar a nuestro Excmo. Prelado un esbozo de programa, tranquilos y muy confiados en la seguridad de un éxito feliz. Desde aquel momento, confortados con la bendición y alientos de nuestro bondadosísimo Prelado, con su entusiasmo, donativo y promesas, no cesaron un momento en la noble tarea de llevar a feliz término la empresa de un Homenaje que ya irradiaba entusiasmos por doquier.

Es digno de mencionarse, fuera de otros mil detalles de organización, el empeño que pusieron los antiguos alumnos para reunir en listas ordenadas los nombres, vida y residencia de cuantos alumnos constaban inscritos en los libros de matrícula; no menos que la constancia y noble tesón con que trabajaron para reunir fondos las distintas comisiones del Comité Organizador entre los hijos de Valderas, y aquella Comisión entre los antiguos alumnos. El número de oficios, cartas, notas y circulares que, una vez fijada la fecha para el Homenaje, hubieron de dirigirse, suscribirse y redactarse, no fué uno de los trabajos menos pesados y continuos de dichas comisiones.

Tuvimos a nuestra disposición desde luego, toda la prensa regional. Pero la conveniencia de más íntimas relaciones, casi relaciones de familia; la circunstancia de hallarse Valderas en un extremo límite de cuatro provincias, y esparcidos generalmente por ellas la mayor parte de los antiguos alumnos del Seminario y muchos hijos de Valderas; la gran curiosidad y santo anhelo que de mil modos manifestaba todo el mundo por conocer muy en detalle la historia, fisonomía y carácter del ilustrísimo

Dr. Panduro y Villafañe con la historia y vicisitudes de nuestro querido Seminario, hicieron que, de improviso y apenas nacida, se realizara la idea feliz de publicar un periódico exclusivo para el Homenaje, que fácilmente pudiera enviarse a todos los hogares y que conservaran guardado en ellos cuantos demostraban aquel vivo interés y entusiasmo. Por ello, apareció «Alma de Valderas», y por ello se tomó el acuerdo, (para que redundara nuestro ya vivísimo entusiasmo), de acuñar una medalla conmemorativa, con su distintivo especial para los alumnos y exalumnos.

Con tales acuerdos y bella realidad se multiplicó el entusiasmo que ya se centuplicaba, y reciprocamente se iba influyendo e iba refluyendo en Comité, comisiones, pueblo, clero, cercanías y comarca, centuplicando al mismo tiempo los arrestos del Comité y comisión, que de todo se creían capaces, apoyados y sostenidos por aquellas adhesiones candentes que de mil partes se iban recibiendo. Indudablemente las primeras entusiastas adhesiones decidieron el éxito feliz de aquella empresa, al reflejar en todos los miembros de comisiones y Comité la excelente acogida, el vivo entusiasmo, la sinceridad, afecto e inmejorable disposición en que se hallaban pueblos, clero, villa, alumnos y exalumnos; al mismo tiempo que la buena marcha de los trabajos preparatorios de a largo plazo que hubieron de comenzarse, llevaban al seno del Comité la confianza y seguridad de que necesitaba para la realización de su noble y difícil empresa.

Todos recordamos la excelente impresión que nos produjo el acuerdo tomado nuevamente por el Excmo. Ayuntamiento, elevando su donativo; y el entusiasmo que produjo en todos los miembros del Comité y comisión, el cariñoso recibimiento que a una Comisión especial y el donativo que para los gastos hiciera nuestro Excmo. Prelado;

como la sinceridad y afecto de las primeras adhesiones entre seglares: D. León Corral, distinguidísimo Catedrático de la Facultad de Medicina de Valladolid; Sr. Carreño, que desempeña con extraordinaria competencia el mismo cargo en el Instituto Provincial de Guipúzcoa; D. Pedro Gómez, entusiasta como el que más del Homenaje; Excelentísimo Sr. D. Mariano Alonso Vázquez de Prada; Excelentísimo Sr. Marqués de Casa Jiménez; Excelentísimo señor D. Mariano Fernández Valbuena y Gironda, Patrono familiar del Seminario...; las no menos entusiastas del ilustrísimo Sr. Obispo de Barcelona entre los eclesiásticos; del M. I. Sr. Lectoral de la Primada, que aceptó, a pesar de no imprevistos obstáculos, el encargo más delicado, desde la primera indicación que le hiciera el Comité; la de D. Segundo Espeso, acompañada de un generoso donativo; del M. I. Sr. Arcipreste de la Catedral de León, que luego tomó parte en los trabajos de la Velada; del M. I. Sr. D. Celedonio Pereda, que tanto facilitó con sus ofrecimientos la recaudación de fondos en la diócesis; del M. I. Sr. Secretario de Cámara...

Cuando acercándose ya el día del Homenaje llegaban por centenares, adhesiones de todas las provincias españolas y de antiguos alumnos americanos, entre los cuales merece muy especial mención la de Monseñor Gerardo Ortega, Secretario de Cámara de Pinar del Río, y de las Ordenes religiosas, entre las cuales también merece muy particular mención la de los Antiguos Alumnos Jesuitas, no ya sólo por lo numerosa y por el vivo y vigoroso entusiasmo de que venía saturada, sino porque además nos traía un saludo, y los ofrecimientos sincerísimos, y el cariño y gratitud, adhesión y entusiasmo de los jóvenes colombianos que cursan en Oña su carrera... En una palabra; cuando llegaron las adhesiones del Excelentísimo Cabildo

Catedral, del Seminario Conciliar de León, de las Diputaciones provinciales de León y Valladolid, insigne la última por sus gestiones para conmemorar dignamente tan fausto acontecimiento; cuando estas entidades y el M. Rvdo. P. Provincial de la Arago-Valentina de PP. Carmelitas, con su adhesión nos anunciaban su asistencia por medio de comisiones dignísimas que tanto realce dieron a los festejos en su día...; el Comité y la Comisión de Antiguos Alumnos ya se hallaban, por decirlo así, en posesión del más lisonjero resultado y de una realización digna y brillante de su magna tarea.

No contribuyeron poco a esto último, los beneméritos trabajos del venerable P. Fr. Gaspar de Cebrones, Capuchino, que desempolvó en la Universidad de Salamanca, con admirable constancia y entusiasmo, cuantos papeles pudo hallar de Fr. Mateo en aquel archivo, remitiendo con exquisito cuidado, precisión y orden la mayor parte del material histórico que sirvió luego, con otros datos del archivo de nuestro Seminario y del archivo particular del Patrono, para la publicación de la Memoria Biográfica, que luego redactara el M. I. Sr. Rector del Seminario.

Los trabajos que, por su parte, ponían y pusieron desde un principio los alumnos del Seminario, ensayando y preparando a tiempo y convenientemente los papeles de músicas bajo la suprema dirección del distinguido maestro compositor D. Gonzalo Castrillo, insigne Maestro de Capilla de la Catedral de Palencia, exalumno de nuestro Seminario, y de D. Raimundo Rodríguez, Contralto de la Catedral de León, y bajo la inmediata de ambos organistas del Seminario; lo mismo que la eficacísima cooperación de los profesores y alumnos de todas las escuelas y colegios, nacionales o privados de la villa, auxiliados o dirigidos por algún sacerdote y por un grupo de muy

distinguidas señoritas, para los numerosos ensayos que hubieron de hacerse durante varias semanas en colegios y escuelas, hasta reunirse finalmente las vísperas del Homenaje, niños, seminaristas, profesores, señoritas y sacerdotes en la iglesia parroquial con el fin de dar matiz, uniformidad y ritmo a los dos coros que para las vísperas solemnisimas formaron, sacerdotes y seminaristas junto al órgano desde arriba, y profesores, niños y señoritas en los lados del amplio crucero; los trabajos preliminares de hospedaje y las facilidades que para un viaje cómodo y fácil deseaban las comisiones proporcionar, en lo posible, a los numerosos sacerdotes en particular, por la premura del tiempo en vísperas de la solemnisima festividad del *Corpus Christi* (que hicieron innecesarios, la delicadeza, previsión e iniciativa de los mismos sacerdotes, ya que ni una molestia dieron a las comisiones, organizando de un modo ejemplar idas, vuelta y hospedaje cada grupo, según sus peculiares circunstancias); el extraordinario movimiento y actividad que para ultimar detalles pusieron las comisiones en los últimos quince días; los preparativos de la velada y banquete con la suficiente antelación, a pesar de las imprescindibles dificultades; la excelente disposición y las muchas facilidades que para realizar casi todos los números de nuestro programa, dieron empresas y particulares generosa y espléndidamente, como hizo la Electra regalándonos una hermosa iluminación; todo esto y mil otros detalles, imposibles de reseñar, contribuyeron a que los preparativos de nuestro programa pudieran darse por terminados ocho días antes de la fecha del Homenaje, quedando para esos días los detalles menudos de adorno, repartición de carnets, distintivos, los de inmediata organización y los trabajos de administración y oficina que hubieron de terminar el día mismo del Homenaje.

Tal es, a grandes rasgos, la sucinta reseña del Homenaje antes de su realización. Dios quiso librar a comisiones, pueblo y Comité de la única pesadilla que les preocupaba. La inseguridad del tiempo y la verdadera imposibilidad en que se hallaban de publicar con el mayor entusiasmo por doquier la simpática idea de nuestra gran Misa de campaña. A su entrada nuestro Excmo. Prelado, accediendo benignamente a nuestros deseos y anhelando contribuir por su parte a la mayor brillantez de los cultos, determinó, a pesar de todo, que la misa de medio Pontifical fuera Misa de campaña. El entusiasmo que produjo determinación tan bondadosa, fué por demás extraordinario; tanto como la concurrencia, nunca vista por estos pueblos, de fieles que acompañaron a su Prelado en tan solemnes momentos.

Cómo se realizaron todos y cada uno de los festejos lo dirán siempre la impresión imborrable que dejaron en el ánimo de todos los concurrentes, y en parte, los discursos y trabajos que se publican en este folleto. Sólo diremos que todo resultó, como ya es notorio, revestido de inusitado regocijo y esplendor. Por eso nos contentamos con reproducir en este lugar, para recuerdo de los venideros, el Programa de Festejos, y el de la Velada que organizó la Comisión de Antiguos Alumnos.

PROGRAMA DE FIESTAS

QUE LA HISTÓRICA VILLA DE VALDERAS, CON LA COOPERACIÓN DE LOS ANTIGUOS ALUMNOS, DEDICAN EN HOMENAJE LOS DÍAS 8 Y 9 DE JUNIO DE 1925 AL FUNDADOR DEL SEMINARIO CONCILIAR ILMO. SR. DR. FR. MATEO PANDURO Y VILLAFANE OBISPO QUE FUÉ DE POPAYÁN (COLOMBIA) Y DE LA PAZ (BOLIVIA), CON MOTIVO DEL SEGUNDO CENTENARIO DE SU MUERTE.

DÍA 8

A las doce. Un repique general de campanas, disparos de cohetes y bombas reales, y la Banda militar del Regimiento de Burgos, recorriendo las calles principales, anunciarán el comienzo de las fiestas.

A las diez y seis. Muy solenes Vísperas en la iglesia de Santa María, cantadas por el clero de la parroquia, Comunidad de seminaristas, niños y niñas de las escuelas y por cuantos sacerdotes hayan llegado ya para las fiestas, terminándose con la Salve popular a la Santísima Virgen del Socorro.

A las diez y nueve. Gran Concierto en el paseo de Alonso Castrillo, por la citada Banda, ejecutando selecto programa de su escogido repertorio.

A las veintidós. Muy vistosa iluminación en la fachada principal del Seminario, en cuyas inmediaciones se quemará una variada y hermosa colección de fuegos artificiales, por los pirotécnicos de la localidad, señores Hijos de Rodríguez y Castro.

DÍA 9

Al amanecer. Gran diana.

A las siete. Misa de Comunión general en la parroquia, distribuida por nuestro amantísimo Prelado

A las nueve y media. Misa de Medio Pontifical, que celebrará el Excmo. Sr. Obispo Diocesano, con sermón a cargo del M. I. Sr. Dr. D. Agustín Rodríguez y Rodríguez, Canónigo Lectoral de la Primada, exalumno de este Seminario.

Inmediatamente se organizará una gran manifestación cívico-religiosa en dirección al Seminario, donde se descubrirá la lápida conmemorativa dedicada por el pueblo de Valderas a su hijo predilecto, pronunciando un discurso el Sr. Alcalde.

También serán descubiertas las lápidas que darán a la calle de Afueras del Mediodía el nombre de *Avenida del Obispo Panduro y Villafañe*.

A las trece. Comida íntima de autoridades, representaciones y exalumnos.

A las diez y ocho. Velada literario-musical, organizada por la Comisión de Antiguos Alumnos. Aún no se ha designado el local para su celebración.

A las veintidós. Gran verbena en el paseo de Alonso Castrillo, amenizada por la Banda militar.

LA JUNTA ORGANIZADORA.

VELADA LITERARIO-MUSICAL

BAJO LA PRESIDENCIA DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR OBISPO.

PROLUSIÓN:

D. EUGENIO MERINO, DEL CLAUSTRO DE PROFESORES.

PRIMERA PARTE

1.º *El Seminario de Valderas y la Oratoria Sagrada* (discurso), M. I. Sr. D. José González, Arcipreste de la S. I. C.

2.º *En la cuna de mi carrera* (poesía), D. Antonio G. de Lama, Seminarista.

3.º *Cantiga X de Alfonso el Sabio* (Codice b-j 2 Escorial), P. Villalba, Orfeón.

4.º *El Episcopado y la civilización americana* (discurso), D. Teodoro Sánchez, Presbítero.

5.º *Ofrenda de cariño* (poesía), D. Luis Lázaro López, Diácono de Comillas.

6.º *Himno al Seminario*, D. Gonzalo Castrillo, Maestro de Capilla de la S. I. C. de Palencia, Orfeón.

SEGUNDA PARTE

1.º *Necesidad en la vida del ideal cristiano* (discurso), D. Manuel González, Médico.

2.º *Ennoblecidos y ufanos* (letrillas), don Eulogio Ramos, Párroco.

3.º *Boga, boga*, canción popular. Arreglo para Orfeón por Totoricagüena (tradicional).

4.º *Notas de mi lira*, a Valderas en el Homenaje al Fundador de su Seminario, D. Justo Estrada, Abogado.

5.º *Christus vincit...* (Tradicional), a cuatro voces. Orfeón. Hasdenteufel.

* * *

He ahí los programas. Pero, ¡es tan difícil por los programas formarse una idea de la grandiosidad que revisitaron la mayor parte de sus números y lo mucho que hubo en aquel Homenaje que no puede hacer constar la fría silueta de un programa! Lo inusitado en nuestra región de unas visperas con trescientos cantores y con filigranas de armonía; la imponentísima y regocijada manifestación de la villa, cuando recibió a su Prelado; la no menos imponente y nunca vista concurrencia de fieles a la Misa de campaña y a la manifestación simpática y emocionante para el descubrimiento de las lápidas; representaciones tan ilustres y clero tan numeroso; las efusiones de fraternal cariño y alegría que predominaron en aquel ordenado, pintoresco y agradabilísimo banquete, donde tanto gozamos los Antiguos Alumnos; los festejos populares con su animado regocijo y vigoroso entusiasmo; el sermón y los discursos; la Velada compuesta por el corazón de un niño al parecer, con arrestos de gigante; la música, la poesía...

Diremos, para terminar, que, por dicha nuestra, ya van tomando cuerpo también y se hallan a punto de realización dos grandes ideas que se propusieron en aquel íntimo banquete: está preparado el Reglamento de nuestra flamante Asociación de Antiguos Alumnos, y ya se han recibido las primeras cantidades fuertes para la constitución de la beca conmemorativa del gran acontecimiento.

EUGENIO MERINO.

SERMÓN

predicado en la solemnísimá Misa de campaña por el
M. I. SR. D. AGUSTÍN RODRÍGUEZ,
Lectoral de la S. I. Primada, exalumno del Seminario

Corpora eorum in pace sepulta sunt et nomen eorum vivit in generationem et generationem.

Su cuerpo fué enterrado en paz y su nombre vive de generación en generación.

(Eccli., 44, 14).

EXCMO. Y RVDMO. SEÑOR.

EXCMOS. SEÑORES.

ANTIGUOS Y ACTUALES ALUMNOS.

SEÑORES:

En este camino de la vida, ni siempre llano ni siempre deleitoso, es sabroso regalo del espíritu volver de tiempo en tiempo la consideración hacia días ya lejanos: aquellos de las puras ilusiones de la edad primera, aquellos del vivir confiado y alegre, sin afanes, sin inquietudes, sin espinas en el corazón, que traen al alma como aromas de primavera.

Al volver hoy a esta villa ilustre, pasados ya casi treinta años desde que, niño aún, vine por primera vez,

he pisado los umbrales del Seminario con afecto parecido al que se siente cuando, tras larga ausencia, se torna al hogar paterno. En los viejos claustros he creído percibir aún los ecos dormidos de nuestros juegos clamorosos, en la capilla el rumor de nuestras oraciones, en las aulas la voz de nuestros catedráticos. Nuevamente he recorrido estas calles, donde el tiempo ha dejado prendidos girones de historia y de leyenda, y he revivido aquellas tardes claras en que, junto al castillo milenario, contemplaba las montañas del suelo natal, y escuchado el blando murmullo del río, que trae el saludo del alma montañesa, limpia como el agua de sus fuentes, al alma campesina, recia y grande como estas llanuras donde ondean las mieses y ostentan su lozano verdor las vides vigorosas.

Si entre tantos recuerdos gratos hay que llorar vacíos que la muerte abrió—y aquí yo recordara especialmente un nombre que es como vida de mi vida, si no supiera que aun está escrito en vuestra memoria (1)—quédanos el consuelo de pensar que a los que aquí estamos reunidos asóciense otros espectadores invisibles, que desde el cielo contemplan nuestra fiesta y con nosotros se regocijan.

Autoridades y pueblo de Valderas, alumnos actuales y antiguos alumnos del Seminario, acompañados de ilustres personas que nos honran y enaltecen, y en especial de nuestro amadisimo prelado, que con su presencia y cooperación acrecienta el esplendor de nuestra fiesta, reunimos hoy para ofrecer un recuerdo y una oración al preclaro hijo de Valderas, al obispo insigne, al varón ejemplar, al fundador del Seminario, a Fray Mateo Panduro y Villafañe, en el segundo centenario de su muerte.

(1) Aludo a mi inolvidable tío D. Anselmo Rodríguez (q. s. g. h.), antiguo Rector del Seminario.

Allá lejos, en tierras que fueron nuestras y donde aun se conserva, por dicha, el santo amor de España, descansan sus cenizas; pero aquí perdura su obra, y junto a ella brota hoy con renovada lozanía la bella flor del recuerdo. Y razón es que así sea; que lo contrario arguyera en nosotros ingratitud y desamor, que son plantas que no logran prosperar en esta tierra de hidalguía.

Por desventura vuestra, he de ser yo quien interprete hoy el común sentir; pero así lo quisieron la comisión de antiguos alumnos que ha entendido en la preparación de estas fiestas y el dignísimo señor Rector del Seminario, a quien, si otros títulos de afecto y de cariño no asistiesen, bastaría el haber sido maestro mío para que sus deseos me fuesen mandatos, y no supe réhusar el honor que se me ofrecía. Y aun debo añadir que ni me pasó por el pensamiento el alegar como excusa la escasez de mis fuerzas, porque sabía de antemano que con el manto de vuestra bondad quedaría disimulado el desaliño de mi discurso.

Ahora, ante la inmensa muchedumbre congregada en esta plaza, me percaté de mi temeridad, pues, en lugar de medir mis fuerzas, sólo tuve cuenta con mi buen deseo; mas, no siendo ya hora de retroceder, no me queda sino confiar en vuestra indulgencia y, sobre todo, en vuestras oraciones.

* * *

Así como los ríos, al ahondar su cauce, dan mayor relieve a las montañas, de igual manera el tiempo, en su correr inexorable, llévase consigo el recuerdo de lo mediocre, de lo vulgar, mientras que respeta y como que agranda la memoria de los varones esclarecidos.

Quizás entre el polvo dorado de la lejanía se esfuman las líneas, se desdibujan los contornos y se pierden pormenores; pero en trueque adquieren mayor vigor los rasgos fundamentales, dejando al espíritu el deleite de adivinar lo que no puede contemplar la vista.

Que, al cabo de 200 años, sobreviva un nombre y se le recuerde con admiración y cariño, señal es ya de excelsas cualidades, pues tal suele ser la condición humana, que, si fácilmente se doblega ante ídolos de un día mientras esos ídolos pueden sonreír o recompensar, presto se olvida de quien no hizo obras que fueren su admiración.

El tiempo, de suyo destructor, se ha detenido ante la memoria del insigne hijo de Valderas. Esos 200 años que han desfilado ante su tumba son ya un homenaje y una proclamación de los méritos de Fray Mateo Panduro y Villafañe.

Levantarse del polvo de la tierra, sobresalir entre la muchedumbre anónima, ocupar puestos que son certificado de competencia y de virtud, ascender a las cimas de las más altas dignidades, escribir su nombre, no con tinta que los años borran, sino con obras que vencen a los siglos, privilegio es que sólo suelen alcanzar los que trabajan y los que luchan, los que estudian y los que meditan, los de agudo ingenio y de noble corazón, los santos y los sabios.

Cierto que la España en que nació y floreció Fr. Mateo Panduro, más que continuación, parecía sombra de la España de la centuria precedente. Aquella máquina, grande todavía, pero de pesado andar, no era ya el coloso que hacía temblar a Europa. Rivalidades de naciones envidiosas, continuas guerras así interiores como exteriores, hambres y epidemias, habíanla desangrado, despoblado, empobrecido. Validos con más ambición que dotes de gobierno, suplantando a reyes indolentes, a quienes

abrumaba el peso de una corona que, para ser llevada con decoro, requería la sabiduría de una Isabel la Católica, el valor de un Carlos V y la prudencia de un Felipe II, habíamla traído a términos de que en congresos internacionales se repartiesen sus despojos. Si en literatura aun rayaba alto el genio hispano, en el campo de las ciencias apenas quedaba otra cosa que mortecinos vislumbres de los astros del siglo precedente; y, para colmo de males, las costumbres, tan austeras antes, habían padecido general relajación.

Pero, al fin, el imperio español seguía siendo el más vasto que conociera el mundo; y, por rápida que la decadencia fuese, ni estaban agotadas las fuentes del ingenio y de las virtudes de nuestra estirpe, ni faltaban hombres que mantuviesen en alto la antorcha del saber y que opusiesen a las costumbres corrompidas el ejemplo de vidas consagradas a la virtud. De éstos fué el obispo Fr. Mateo Panduro y Villafañe.

* * *

Contra el general decaimiento de las costumbres que todos los historiadores coinciden en señalar en aquella época, protesta él y reacciona desde su misma juventud con su anhelo de perfección moral, que le lleva a consagrarse del todo a Dios en la vida religiosa. Y contra el desaliento de unos, que bajo el peso de la adversidad, desconfiaban ya del remedio, y contra el exagerado optimismo de otros, —Quijotes soñadores, que sin escuchar las lecciones de repetidos descalabros, creían ser bastante su espada para hacer frente al mundo todo—, él da ejemplo de una vida modesta y laboriosa, de un trabajo paciente y asiduo, enseñando así que con esas dos alas de la virtud y del

trabajo — ya que la protección de Dios no falta a quien de veras la busca — así los hombres como los pueblos se remontan hasta las cumbres.

Y con estas dos alas se elevó nuestro insigne obispo.

Por su virtud y por su prudencia llegó a ocupar, joven todavía, los más altos cargos que su orden carmelitana tenía en España. Por su ciencia, la universidad de Salamanca, entonces la más gloriosa de España y una de las más gloriosas del mundo, le abrió sus puertas y le confió una tras otra, en lucha con sabios opositores, varias cátedras, hasta llegar a la de *Suma* de Santo Tomás, la más codiciada en aquellos tiempos, y la más clara ejecutoria de competencia teológica.

Esto es, en resumen, lo que sabemos de la primera etapa de la vida del fundador del Seminario. Poco, sin duda, para lo que nosotros quisiéramos saber. Gustáramos de conocer el proceso interior de su vida, los caminos por donde le llevó la Providencia al retiro del claustro, sus progresos en la virtud y en el saber, sus luchas y sus anhelos; seguirle paso a paso, leer en su rostro y en su alma las huellas de los años, oír el sonido de su voz, ver la llama de sus ojos... Pero, ¿deja de ser bello el árbol centenario porque no lo hayamos visto nacer y crecer? Conocemos los principios, contemplamos el término y podemos medir el camino recorrido.

Aquí, señores, aquí, entre vosotros, nació Fr. Mateo Panduro, de pobre familia; en la iglesia de S. Claudio fué santificado por el agua del bautismo; por estas calles, quizás en esta misma plaza, jugó y corrió con los demás niños; aquí aprendió las primeras lecciones de la ciencia humana y de la sabiduría divina y también aquel amor hacia su pueblo que nunca había de olvidar ..

Luego, como esos ríos que, apenas nacidos, entran de

nuevo en la tierra, y reaparecen después, allá lejos, más acrecentados y caudalosos, reaparece también él, en Salamanca, pero ya hombre maduro, ya religioso ejemplar, ya director de almas, ya maestro aplaudido, ya sol en pleno mediodía...

«Bachiller en Artes y en Teología por la Universidad de Salamanca, Licenciado en Teología por la misma universidad, Maestro en Teología por la de Avila, Maestro general en su Orden; 26 años de estudios mayores». Así reza su hoja de méritos. Mas para que este frío lenguaje oficial adquiriese vida, sería preciso recordar cómo se conferían entonces los grados académicos, los estudios que requerían, las duras pruebas a que eran sometidos los candidatos, y hasta las fiestas y regocijos con que se solemnizaban y en que toda la universidad, con sus doctores, maestros y millares de alumnos, tomaba parte.

Sería asimismo preciso recordar lo que eran aquellas oposiciones a cátedras—verdaderos torneos de la ciencia—, la intervención apasionada y bulliciosa de maestros y escolares, la emulación entre los más preclaros ingenios de la nación, el número y calidad de los opositores, los alardes de saber, la gloria del triunfo, las aclamaciones al vencedor... todo, en fin, lo que constituía la vida tan compleja, tan varia, tan pintoresca y tan intensa de nuestras universidades de entonces.

Mas ¿qué menester hay de ponderaciones cuando la más alta autoridad de la tierra, el Vicario mismo de Cristo, reconoció los méritos y virtudes de vuestro paisano, llamándole al episcopado?

Después del religioso y del maestro, el apóstol. El apóstol que allende los mares continuará la obra de aquellos conquistadores y de aquellos misioneros que con la espada y con la cruz—más con la cruz que con la espada—,

ganaron para la fe y para España un nuevo mundo. El mensajero de España en un continente que los nuestros descubrieron, conquistaron y evangelizaron. El mensajero de la Iglesia en un mundo a quien la fe cristiana arrancó de las sombras de la muerte en que yacía.

Otros muchos dejan por entonces su patria para ir en busca de tesoros; él va en busca de almas.

En el corazón mismo de la cordillera de los Andes, en ciudades y pueblos cuyo sitio y aun cuyo nombre ignora, a la sombra de picachos altísimos cuyas cimas sólo alcanzan las águilas, entre vallas de ensueño y de misterio donde en pocas horas se pasa de la vegetación tropical a las zonas esteparias y a los glaciales y neveros, donde se alimentan ríos que parecen mares... hay almas que él no conoce, pero almas hermanas y por la misma sangre del Redentor rescatadas, y a ellas va a dedicar la postrera etapa de su vida

Y en Popayán primero, una de las más insignes ciudades de Colombia, en el fértil valle del Cauca, y después en la Paz, ciudad no menos ilustre de Bolivia, enseña, gobierna, ejercita su celo y su caridad por espacio de unos treinta años hasta que la muerte corta aquella vida noble y austera, 76 años antes comenzada en esta tierra vuestra.

* * *

Pero, señores, antes que el sol trasponga, contemplemos sus últimos fulgores.

Lejos están ya aquellos tiempos en que Manuel de Fuentes, capellán de San Claudio, bautizaba en 29 de Septiembre de 1646, a un niño a quien ponía por nombre el del apóstol San Mateo. De cierto que el humilde capellán no soñó entonces los gloriosos destinos del niño a

quien bautizaba. Aquel niño tiene ya 70 años. Blanquean ya sus cabellos como la cumbre del Ilani, coronado de perpetuas nieves, que, desde su altura de casi 8000 metros, contempla aquel pintoresco valle de la Paz. Aquellos «achaquillos que a viejo no faltan», a que alude en una carta a su hermano, le anuncian la proximidad de esa hora en que casi se confunden el ocaso de una vida que se acaba y la aurora de otra que comienza allende de la muerte; esa hora en que los recuerdos de los primeros años se asemejan a brisa que llega de playa lejana.

Por cima de las montañas, que le traen a la memoria otras que él contemplara a lo lejos en la niñez; volando sobre mares que él no volverá a surcar, llega su pensamiento a esta patria que ya no tornará a ver, a estas llanuras cuya nostalgia lleva en sus ojos ya cansados, a este pueblo a quien ha erigido en su corazón un trono.

¡Oh cuán lejos están ya aquellos primeros años difíciles! ¡Cuántos compañeros de juegos infantiles descansan ya en la muerte, en esta tierra de Campos, agotados quizá por el duro trabajo, mientras que otros, pobres y ancianos, bregan y sudan inclinados sobre el ingrato terruño! ¡Cuántos de ellos hubieran podido tener menos duro porvenir o quizás haber sido útiles obreros en ese otro campo de las almas!

Y en el espíritu del venerable anciano nace la idea de fundar un colegio en su pueblo natal. Posee no escasas riquezas, pues no en vano vive en tierra que tiene en su seno minas de oro y plata. Valderas y la región campesina serán los principales herederos de ellas. «Débanos—escribe a su hermano—débanos este bién a los Panduro nuestra Patria: a mi la costa y a ti el trabajo y la diligencia».

«¡Nuestra Patria!». ¡Qué dulcemente suena este nombre en labios de un anciano, que próximo a partir para

su patria del cielo, dedica un postrer recuerdo a su patria de la tierra!

Los más habéis leído sin duda esa carta en que el Fundador del Seminario da instrucciones a su hermano para la ejecución de su propósito. ¡Cómo se refleja en su estilo sencillo, familiar, desaliñado, si queréis, la grandeza de su alma, su inquietud por si los caudales que para la obra envía caen en manos de corsarios o son devorados por el mar; pero, a la vez, con qué sumisión acata por adelantado los designios de la voluntad divina!

¡Oh, no temas, venerable anciano! Tu obra es del agrado de Dios y la protección divina acompaña tus tesoros. Si acá en la tierra no ves tu obra, podrás contemplarla desde el cielo. Mira cómo se abren ya las zanjas para los cimientos; cómo suben los muros, robustos y sólidos, para que luchen con el tiempo y le venzan; cómo, 16 años después de tu muerte, se abren ya sus puertas para recibir, entre general regocijo, a los cuatro primeros colegiales...

Cosa de milagro parece. Desaparecieron aquellos colegios mayores, de tan gloriosa historia; desaparecieron también las más de aquellas célebres universidades; pero, entre tantas ruinas, tu obra vive. Alguna vez circunstancias adversas la pusieron en trances difíciles y hasta la forzaron a cerrar sus puertas; mas la sabiduría de los prelados, la vigilancia de los patronos, el tesón y esfuerzo de Valderas, y el celo de sus rectores, y, sin duda también, la eficacia de tus súplicas, la han defendido, perpetuado, engrandecido...

Y ahí está nuestro querido seminario, cuyas piedras, iluminadas y caldeadas por el sol de dos centurias, han tomado ya ese dorado color de los crepúsculos; grave y austero, cual cumple a su misión; lozano en su antigüedad

venerable; sombra augusta de un pasado heroico y simbolo de un porvenir que será grande si no escatimamos nuestra cooperación; guardador de una tradición científico-religiosa, que, por dicha, se afianza; hogar y escuela, templo y cátedra, gloria de Valderas y orgullo de la diócesis legionense, que en él tiene un perenne vivero de apóstoles que prosigan en la tierra la obra del divino Redentor.

* * *

Señores, pocos nombres hay tan repetidos hoy como los de cultura y ciencia. Y no seremos nosotros quienes desentonemos en el coro general. ¡Bendita sea la ciencia si ella añade al bienestar humano un átomo que sea, si remedia una miseria, si enjuga una lágrima, si hace mejores a los hombres acercándolos más a Dios!

Antaño se hablaba menos de ciencia, pero ello no impedía que nuestra patria se poblase de centros de cultura. Pero entonces no se olvidaba—como hoy harto a menudo suele olvidarse—que la ciencia de las ciencias es moldear el corazón del hombre con una educación cristiana, enseñando a éste no sólo a conocer la verdad, sino también a amar el bien y a practicarlo.

El Obispo Fr. Mateo levantó un templo a la ciencia, pero no un templo laico, sino un templo cristiano, donde se enseña y se educa cristianamente, más aun, donde se forman los maestros y educadores de mañana. ¿Qué obra mayor pudo legar a su pueblo?

Fuera de la Iglesia Católica, de la cual el sacerdocio es parte esencial, yo no hallo institución que tanto haya beneficiado al mundo como esta del sacerdocio. Lo reconocen los adversarios mismos. Una estadística de los sacerdotes

salidos de este seminario desde su fundación sería prueba elocuente de los beneficios que ha reportado.

Mas para vosotros no es precisa esta prueba. Año tras año habéis visto llegar docenas de jóvenes, casi niños, con ese aire ingenuo, con ese candor de quien aun no conoce ni las luchas de la vida ni las maldades de los hombres. Son unos de Valderas, llegan otros de los pueblos comarcanos, vienen algunos de los valles de la montaña... Y pasan los años, largos años de estudios, de recogimiento, de vida intensa del espíritu. Y un día, los que llegaron niños salen ya hombres hechos, maduros más que por los años, por el estudio y la disciplina, ungidos por el Espíritu Santo, ágiles y fuertes para la lucha, conquistadores sin espada, para ir donde la obediencia los mande, a dar su tiempo, su actividad, su inteligencia, su corazón, su vida misma, si es preciso, por las almas que Cristo redimió.

Y eso mismo que vosotros véis, viéronlo vuestros antepasados, y eso mismo se ha repetido por espacio de dos siglos.

* * *

Mas esto me trae a la memoria algo que en este día no es para olvidado.

En pocas partes como en esta llanura campesina siéntese invadido el ánimo por sentimientos de inmensidad. Tierra y cielo sugieren a la mente pensamientos graves. Sobre la planicie sin confin, sobre las iglesias que se levantan en la llanura como navíos en la superficie del mar, sobre los pueblos que con actitud de humildad se cobijan al socaire de las iglesias, parece que se siente inmovilizarse el tiempo. ¡Oh, cuántas generaciones duermen a la sombra piadosa de esas iglesias que, de siglo en

siglo, han venido mostrando a los hombres, con sus torres ennegrecidas por los años, el camino del cielo! Era dura la vida en su luchar continuo con la tierra, que sólo rinde frutos cuando se la riega con sudores. Pero en la Iglesia estaba siempre el nombre de Dios que endulzaba las tristezas de la tierra con la paz sobrenatural del cielo.

A la sombra de esas iglesias yacen también las cenizas de centenares, de millares de sacerdotes, de esos sembradores de idealidad, de esos obreros del bien, que pasaron por el mundo poniendo flores donde brotaban espinas, enseñando, dirigiendo, santificando las almas de sus hermanos...

De aquí salieron los más de ellos por espacio de dos centurias. Héroe humildes del deber cotidiano, vivieron luchando por el bien, y luchando por el bien murieron. Y luego la hierba brotó sobre sus tumbas, y el olvido envolvió su memoria, sin que ni una lápida recuerde sus nombres...

En esta fiesta que dedicamos al Fundador del Seminario no sería bien que faltase el recuerdo de tantos como en el Seminario crecieron, soñaron, oraron y se educaron. Les debemos ese recuerdo nosotros los sacerdotes con ellos unidos por el vínculo de más íntima hermandad espiritual; se lo debéis vosotros, que gozáis de los bienes que ellos os prepararon.

Yo, pues, en nombre de todos, os saludo desde aquí, humildes servidores de Cristo, continuadores de su obra divina. Yo os saludo en este día solemne, que, siendo la fiesta del Seminario y de su Fundador, es también vuestra fiesta. ¡Que, como premio de vuestros afanes, gocéis del descanso eterno, y que vuestros nombres, ignorados en la tierra estén escritos con áureas letras en el libro de la Vida!

¡Queridos compañeros, antiguos alumnos del Seminario! Al mismo Señor, a quien nuestros predecesores sirvieron, servimos nosotros. ¡Que la voz de esos muertos que desde el sepulcro nos hablan palabras de eternidad, nos aliente a proseguir su obra! ¡Que la memoria de Fr. Mateo Panduro y Villafañe nos sea estímulo para imitarle en su ciencia, en sus virtudes, en su apostolado! ¡Que, reconfortados por estas horas de dulce intimidad, prosigamos con doblado ahinco nuestra misión de salvadores de almas! Y si Dios no nos ofrece nueva coyuntura de reunirnos como hoy, vivamos en perpetua comunión de fe, de esperanza, de caridad y de oración, con los ojos puestos en aquella patria de venturas, donde ya no son de temer separaciones.

Y al dirigirme a los antiguos alumnos, en vosotros pienso también, los que, aun llamados por otro camino, con nosotros convivisteis y estudiasteis. También para vosotros evoca dulces recuerdos la fiesta de hoy. Vuestra presencia en este acto proclamando está que conserváis intacto el tesoro de la fe de vuestra infancia. En las luchas de la vida la educación cristiana recibida en el Seminario os ha ofrecido seguras orientaciones, y esa misma educación cristiana queréis, sin duda, que reine en los hogares que muchos de vosotros habéis fundado... ¡Que la bendición divina os acompañe siempre para que así vosotros como vuestros hogares seáis focos de irradiación de vida cristiana y, de esta manera, continuéis también la obra de Fr. Panduro y Villafañe!

¡Alumnos del Seminario! A vosotros singularmente quisiera yo hablaros con el corazón más que con los labios. Sois la reserva de la Iglesia, la esperanza del mañana, los que vendréis a ocupar los puestos que vayamos dejando vacíos los que sucumbamos en la lucha. Vuestros

hermanos mayores, los que ya hemos tocado con la mano las punzantes realidades de la vida, los que acaso lamentamos no haber sabido aprovechar bastante los ejemplos y lecciones de nuestros maestros .. os conjuramos hoy a que, al abrigo de estos muros tutelares que para vosotros hizo levantar la caridad de Fr. Mateo Panduro, saturéis vuestro espíritu de ciencia y de virtud, para que un día seáis dignos servidores de la Religión y de la Patria.

Acabo de aludir a nuestros maestros. Hablar de gratitud fuera superfluo; que hay beneficios que sólo pueden agradecerse cual conviene, con amor y con oraciones. ¡Bienaventurados ellos que a tantos han educado para la eternidad! ¡Que el Señor conceda el descanso eterno a los que ya nos dejaron; que el Señor bendiga con amorosísima bendición a los que aun viven entre nosotros!

Y ahora, sean mis últimas palabras para vosotros, autoridades y pueblo de Valderas.

Palabras de gratitud, en primer lugar, por el acogimiento que habéis hecho a los antiguos alumnos del Seminario, a quienes no como a huéspedes de un día, sino como a hijos que tornan al hogar común habéis recibido.

Palabras de felicitación, también, por vuestra eficaz cooperación a este homenaje. Se lo debíais a vuestro paisano por agradecimiento, por el amor que él profesó a Valderas, y que se manifestó no sólo con la fundación del Seminario, sino también con otros legados importantísimos que dejó en beneficio de su pueblo natal.

Se lo debíais también por patriotismo. Alguien ha

dicho que cuando los pueblos se sienten incapaces de emular los hechos de sus mayores, es cuando más se complacen en recordarlos; pero vuestro ejemplo dice lo contrario, ya que sabéis mirar hacia adelante, que es camino de progreso, sin dejar de mirar hacia atrás para recoger las enseñanzas de la tradición. No son estos homenajes puro pretexto para fiestas y regocijos, sino algo mucho más grande: una manera de diálogo con los que nos precedieron, que eleva el espíritu sobre los míseros afanes de las luchas a ras de tierra. Son estos actos expresión de patriotismo, ya que la patria no es solamente el hoy y el mañana, sino también el ayer, unido con el presente y con el porvenir por el hilo de oro de un mismo suelo, de una misma historia, de una misma lengua, de una misma religión. Son estos actos profesión de fraternidad entre los que fueron y los que ahora somos, expresión de fe en una patria más alta, donde hemos de aspirar a reunirnos los que, viviendo en distintos tiempos, somos, sin embargo, hijos de una misma familia: de esa gran familia que tiene por Padre al del cielo, por hermano a Jesucristo, por madre a la Virgen Purísima y por principal vínculo de unión la gracia y la caridad de Cristo.

Esa calle que dedicáis al obispo Fr. Mateo Panduro y Villafañe, esas lápidas en que conmemoráis sus hechos, darán testimonio a las generaciones venideras de que no sois pueblos sin corazón; proclamarán que, si Dios premia las acciones hechas por su gloria, también acá en la tierra los hombres saben grabar en el mármol y en los corazones los nombres de sus bienhechores insignes; serán, por último, perpetuo estímulo de patriotismo, recordando a todos que el amar al pueblo en que nacimos como amó al suyo Fr. Mateo Panduro, es un amor santo que la Patria aplaude y que Dios bendice.

¡Pueblo de Valderas! En vuestra historia tenéis páginas magníficas, a las cuales habéis añadido hoy una más

Un día vuestros antepasados, antes que faltar a la fidelidad prometida a su rey, redujeron a cenizas sus casas y hogares para que no cayesen en poder del enemigo; y el rey los premió declarándolos quitos y libres de toda clase de tributos.

Permitidme que, para terminar, os recuerde que, al mirar vuestro escudo en que ese hecho se conmemora, penséis que el Rey de los cielos, a quien todos debemos fidelidad y vasallaje, nos ofrece, si fielmente le servimos, recompensas aun mayores, pues nos ofrece reinar con él por toda la eternidad.

Allá arriba, sobre este radiante cielo azul, que bajo su inmensa bóveda cobija esta plaza convertida hoy en templo, brillan con fulgures más vivos que los de este sol que nos envuelve en la gloria de su luz los bienaventurados que ya gozan de ese reino eterno. Entre ellos, esperémoslo así, está vuestro paisano Fr. Mateo Panduro, a quien yo me complazco en imaginar rodeado de numeroso coro de sacerdotes que en su seminario se educaron y de millares de antepasados vuestros, de hermanos vuestros, a quienes ellos enseñaron, dirigieron y santificaron...

Pensad que no tenemos en este mundo ciudad permanente ni patria estable, y procurad haceros dignos de ser admitidos en esa patria bienaventurada. Así sea.

DISCURSO

pronunciado por el SR. ALCALDE, ante las autoridades, representaciones y ante un extraordinario concurso de gentes reunido para descubrir la primera lápida.

EXCELENTÍSIMO Y REVERENDÍSIMO PRELADO.

ILUSTRES REPRESENTACIONES Y DEMÁS CONCURRENTES
A ESTE HOMENAJE:

Inmerecidamente y por razón del cargo que ocupo, tengo la fortuna de dirigiros la palabra en este acto, representando a la histórica Villa de Valderas, a pesar de no haber tenido la suerte de nacer en ella; pero con los de Valderas vivo, desde hace muchos años, para este pueblo son mis mejores cariños y en él espero que descansan mis restos. Así que no puedo menos de participar hoy también del vivísimo entusiasmo de todos, con motivo del Homenaje que se ofrenda en este legendario pueblo a su hijo, por muchos conceptos ilustre y predilecto, el fundador de su Seminario, Fr. Mateo Panduro y Villafañe, en el segundo centenario de su muerte.

No creo que deba ser yo quien publique sus virtudes, sus talentos y su amor a la enseñanza, que le hicieron concebir y realizar la idea grandiosa de levantar aquí generosamente un centro de cultura, basado en la verdad, que no se encuentra en otra parte sino en la religión

cristiana. Establecimiento educativo que admira el país todo, y nosotros los vecinos de Valderas le estimamos como una joya riquísima y en el cual vienen las generaciones depositando sus más finos afectos.

Será inmodestia, por nuestra parte, ponderar los méritos del preclaro fundador, (quédese a la consideración de todos, el apreciarles y estimarles en la medida de vuestros discretos juicios); además sería también innecesario que yo os diese noticias de su vida en estos breves momentos, porque muchos ya la conocéis y otros pueden adquirirlas detalladamente, leyendo su interesante biografía, que con tal fin se ha impreso en la actualidad.

La lápida conmemorativa que se acaba de descubrir y en cuyo grabado podéis ver recopilada la historia del hijo predilecto, se la dedica el pueblo donde nació, deseoso de que perdure en él y para siempre su memoria; confiamos que ha de servir a todos de motivo especial, para fijar en su mente la ejemplar generosidad y demás virtudes de un varón que, habiendo nacido en la más modesta esfera social, supo llegar, sin otros méritos que los propios, a un puesto tan elevado, y que lejos de olvidarse de su procedencia, quiso dejar un testimonio perenne de amor, con la fundación del Seminario de San Mateo, no tan sólo a los de su pueblo natal, sino también a la región entera y de un modo especial a los de «Tierra de Campos». Así lo estáis reconociendo todos con vuestros justificados entusiasmos en este acto, y por ello os ofrecemos el más fino agradecimiento a unos y a otros y especialmente a nuestro Excmo. Señor y muy querido Prelado, quien no tan sólo ha querido contribuir al esplendor de este Homenaje, sino que nos ha honrado también con su autorizada y paternal presencia.

Siempre estuvo en el ánimo de cuantos se beneficiaron

y conocieron esta obra colosal, del Ilmo. Dr. Panduro y Villafañe, el dedicarle un recuerdo de respeto, cariño y admiración, sobre todo los de Valderas, que llevan en su corazón los afectos más tiernos para su Seminario, y en el ánimo de todos estaba el aprovechar la primera ocasión para exteriorizarles, si no con el esplendor debido, por falta de medios, al menos con el mayor entusiasmo. Para ello contábamos con la seguridad de vuestra valiosísima cooperación, rogándoos que continuéis unidos a los hijos de este pueblo, como lo estuvieron vuestros mayores para que perduren en todos los cariños a la memoria del Ilustre fundador y del Seminario que él levantara.

Temo molestar vuestra muy respetable atención, pero no terminaré, sin hacer una promesa solemne en nombre del pueblo y un ruego de parte del mismo a vuestra Excelencia Ilustrísimo señor Obispo.

Valderas empeña en este momento su palabra de honor de conservar para siempre sus respetos, sus simpatías y sus cariños a esta casa que estima como su joya más preciada, siguiendo el ejemplo de nuestros mayores, y a vos, Excelentísimo Señor, os rogamos en nombre del pueblo, que una vez en los años de la carrera, se dé a conocer a los Seminaristas la historia de nuestro Fr. Mateo.

Sólo me resta rendiros el testimonio imperecedero de gratitud a cuantos habéis contribuido a este homenaje, y sobre todo, a los que le estáis enaltecendo con vuestra elevada autoridad, a las diversas Corporaciones, Asociaciones religiosas, Entidades, Antiguos Alumnos, muchos hoy sacerdotes, y todos tan dignamente representados en estos actos, al señor Rector y Profesores del Seminario, a los seminaristas y a los señores Maestros y niños de escuelas y colegios y a cuantas personas nos habéis hecho honor con vuestra presencia (sin pensar quizá muchos, en

las molestias del viaje), confiando en que Dios deje en los corazones de todos un imborrable recuerdo de tan grandiosa fiesta, para cuyo digno remate solicitamos muy respetuosamente la bendición de vuestra Señoría Ilustrísima.

He dicho.

¡Viva Panduro y Villafañe! ¡Viva el señor Obispo!

TEXTO LITERAL DE LA LÁPIDA

AL PRECLARO RELIGIOSO ILTMO. DR.

FR. MATEO PANDURO Y VILLAFÑE,

OBISPO DE POPAYÁN (PERÚ)

Y DE LA PAZ (BOLIVIA),

HIJO PREDILECTO DE VALDERAS

Y FUNDADOR DE ESTE SEMINARIO,

SU PUEBLO AGRADECIDO

LE DEDICA ESPECIAL RECUERDO DE CARIÑO Y ADMIRACIÓN

EN EL II CENTENARIO DE SU MUERTE.

JUNIO 9 DEL AÑO 1925.

TRABAJOS LITERARIOS DE LA VELADA

PRELUSIÓN

EXCMO. Y RYDMO. SEÑOR.

SEÑORES EXCELENTÍSIMOS.

SEÑORES:

Parece... ¡un sueño! En país de zona tórrida, de nieves perpetuas y de gigantescas rocas, en el saliente de un peñasco enorme y bajo la bóveda de una quiebra inmensa de colosal vertiente, acaba de sentarse un anciano venerable.— Apoya la cabeza sobre su mano, y brazo, espaldas y cabeza sobre la peña desnuda, frente al mar. Un desterrado parece, muy absorto, abatido; casi muerto. No; que sereno, yergue su frente noble y veneranda. El alma y todo su corazón puesto en los ojos, quiere posar... muy lejos... la indefinible mirada.

¡Imposible! Las olas del inmenso Pacífico ¡cuán distante le tienen por aquella parte de su querida patria! Busca un consuelo mirando a otra parte. ¡Imposible también! Ni divisar pueden sus ojos, desde la colosal montaña... ni aun las olas del Atlántico... No importa.

Miró al cielo; queda pensativo, hace la señal de la Cruz y escribe, mirando al cielo y regando con sus lágrimas las páginas de un libro, estas memorables palabras que quiero copiar literalmente.

«En nombre de la Santísima Trinidad, Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, y de la Santísima Virgen, Madre de Dios con el renombre del Socorro, y del glorioso apóstol y evangelista San Mateo y de toda la Corte Celestial, y a honra y gloria suya, se funda el Colegio Seminario de San Mateo de Valderas».

He ahí las palabras de Fr. Mateo Panduro y Villafañe, cual constan en la primera página de aquellas Constituciones que hizo él mismo para nuestro queridísimo Seminario.

* * *

Desterrados también y muy lejos de la patria; sin apoyo por ventura entre chasquidos y fragores de revueltos oleajes; tristes y abatidos al parecer; con el cariño reconcentrado y estallando el pecho de amores... ¡cuán débiles han de vibrar las notas, qué triste la poesía, *cuán lejos* debieran ir los ecos de nuestra voz! Un Atlántico de olas encrespadas y un Pacífico de abismos insondables..., precisamente cuando estamos en el *hogar bendito*, y en la *casa paterna* y junto a la Virgen benditísima del Socorro, a cuyas plantas oró también aquel hombre, mil veces bendito. ¡Pobre cariño... música, gratitud... poesía, palabra, virtud y amores de los hijos de Fr. Mateo... cuando tan lejos se hallan de su querido padre!

Pero... ¿gestoy delirando? ¿No vive Fr. Mateo? Los Santos ¿mueren por ventura en la presencia de Dios? No; alegraos. Nos contempla, recibiendo plácemes de los mismos bienaventurados. *Sursum corda*. Arriba los corazones. Miremos al cielo, y regándolas con llanto, escribamos también unas palabras, en esta primera cariñosa página de un álbum, que ha compuesto el corazón con el nombre de Velada.

Será pobre y humilde; seremos desterrados que ni de lejos divisan las costas de una patria feliz. Pero... se me ocurre una idea. Todos tenemos a *nuestro servicio* un Angel de la Guarda y un Santo de nuestro nombre. ¿Queréis que nos presten *un gran servicio* en tan solemne ocasión? Pues yo en nombre de todos lo demando: Que los Angeles de nuestra Guarda revuelvan el cielo y todos los coros angélicos; que los Santos de nuestro nombre conmuevan y de gala vistan el Paraíso, y juntos reúnan con el amor de nuestro pecho, con los latidos de nuestro corazón, con las notas de nuestras melodías y el ritmo de las estrofas, aquellos concientos y alabanzas que sólo se oyen y cantan en la Gloria.

Prelado, autoridades, representaciones, clero, pueblo, sacerdotes, Seminario, alumnos, exalumnos; junto a la cuna de Fr. Mateo, en este solar bendito, desde su pre-amada villa y por mediación también de San Mateo, ¡si, que somos cristianos y tenemos fe!, todos juntos, Cielos y Tierra, que presenten el homenaje (que ya no es nuestro sólo) a Fr. Mateo; éste a la Santísima Virgen del Socorro, y haga Ella que también resulten escritas al pie de la letra, unas palabras que me atrevo a pronunciar, casi temblando, en este momento solemnisimo.

«En nombre de la Santísima Trinidad, Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, y de la Santísima Virgen, Madre de Dios, con el renombre del Socorro y del glorioso apóstol y evangelista San Mateo y de toda la Corte Celestial, y a honra y gloria suya y de *Fr. Mateo Panduro y Villafañe* dedican esta Velada, los Antiguos Alumnos del Seminario Conciliar de San Mateo de Valderas».

EUGENIO MERINO.

DISCURSO

pronunciado por el

M. I. SR. DR. JOSÉ GONZÁLEZ

El Seminario de Valderas y la Oratoria Sagrada

En una velada en honor de Fr. Mateo Panduro y Villafañe, fundador del Seminario de Valderas, no me podéis recibir con esquivéz ni con extrañeza; porque si mi nombre no figura en los libros de matrícula de este Seminario, bien saben los que se llamaron discípulos míos que aquí fui un estudiante más.

Quedan guardados en vuestra memoria y en mi memoria, como en un relicario, recuerdos, acaso atropellados y fugaces, pero de seguro tiernos y efusivos que el tiempo ingrato no ha podido borrar y que, en ocasiones como esta, retoñan briosos y pujantes y se encienden, como las ascuas medio apagadas de una lumbre al soplo de esa brisa que orea las almas y que se llama gratitud.

No puedo ostentar el título honroso de alumno de Valderas, pero no acierto a desprenderme del timbre, para mí de gloria, de estudiante de Valderas.

Es, pues, el que os va a hablar, uno que fué estudiante en este Seminario.

No voy ha hacer un discurso.

Voy a tirar unas semillas sobre el lomo del surco para que vosotros, alumnos y exalumnos de Valderas, ahondando en la tierra, las fecundéis con el sudor de vuestro trabajo, hasta que se conviertan en doradas espigas.

Hay un libro publicado en la mitad del siglo XVIII que fué engendrado en Valderas y que produjo en las letras patrias poco menos ruido que el famoso *Quijote de la Mancha*.

El autor del libro, el título del libro y los personajes del libro, son todos bloques sacados de las canteras de Campos. El autor, Francisco José de Isla; el título, *Fray Gerundio de Campazas*; los personajes, ¡de aquí eran, o por lo menos aquí vivieron!

El autor del libro había sido bautizado con aguas del Escla, y como las aguas de este río es de limpia y clara su alma y de retozona y festiva su musa. Dotado de tal precocidad intelectual que, a los 12 años era Bachiller en Leyes, escribía versos que eran el regocijo de sus amigos y el orgullo de sus paisanos.

Aquí, en Valderas vivió los años de su infancia; hijo de Valderas tenía a gala llamarse y aquí cultivaba amistades—y algo más que amistades, pues estuvo a punto de casarse a los 18 años con una dama valderense—en aquella época en que la capital de las siete villas de campos albergaba a no pocas familias que tenían en los escudos blasonados de sus casonas y en los miniados pergaminos de sus archivos una historia linajuda de hidalguía tan rancia y tan vieja que sus raíces hondas bebían en las fuentes del Romancero y en los arroyos cristalinos de la nobleza leonesa.

Convivían en Valderas entonces próceres de la inteligencia y de la raza; no pocos de sus hijos por las Universidades y Chancillerías andaban pregonando con orgullo

el nombre de la patria chica, y cuando en los días estivales volvían a vivir la vida de su Valderas, entretenían sus ocios en disputas científicas y jurídicas, hacían madrigales y comentaban los sermones de los Carmelitas en cuyas aulas se habían formado sus espíritus.

Había gustos para todo y para todos.

Ninguna polémica interesaba tanto a la pública opinión, como las polémicas sobre la Oratoria Sagrada ¡Y qué oratoria la de aquellos días! Se aplaudían los retruécanos más ridículos, las mayores dislocaciones de la estructura gramatical, la erudición más profana y empalagosa, la hinchazón de estilo más repugnante.

Y la moda había llegado a tales extremos que para aquel público no había título más flamante que el que ostentaba Fr. Gerundio: *Dejar los libros y meterse a predicador*.

Como si fuese una realidad viva la leyenda aquella de Balaguer, en la que un señor muy amigo de la música vivía en su castillo rodeado de parques frondosos y un día mandó matar a todos los ruiseñores porque le impedían escuchar el sonido de las ranas

¡Se oía con más agrado el croar de las ranas en las charcas, que los gorjeos de los ruiseñores en los sotos y en los bardales!

El contagio alcanzaba a los oradores y al público.

Y así como para quitar el gusto a los libros de Caballerías acudió Cervantes al ridículo, así para encauzar la oratoria de los pulpitos volviéndola a los cauces limpios y ricos del siglo XVI ideó el P. Isla ese libro inmortal que se llama *Fr. Gerundio de Campazas*

Tienen los novelistas—como los poetas—el don y la libertad de cubrir con el follaje de la fantasía los paisajes y los tipos, pero nunca quieren o no pueden prescindir de

modelos que salen retratados en la novela y mal tapados con los cendales transparentes del arte.

¿No recordáis cómo hace pocos años, cuando el Padre Coloma publicó *Pequeñeces*, en Madrid señalaban todos con el dedo a la *Currita Albornoz*? Por eso Rodríguez Marín, el sabio Director de la Academia de la Lengua acaba de rehacer los tipos del Quijote, y el erudito leonés Julio Puyol ha hecho lo mismo con los personajes de la *Picara Justina*.

¿No se podrá hacer lo mismo con los de *Fr. Gerundio de Campazas*?

Desde luego que sí.

En una velada como esta no caben disertaciones eruditas para tormento de los oyentes; pero si me permitiréis trazar unos rasgos para que los Alumnos de Valderas puedan, husmeando en los archivos vírgenes de esta tierra, llegar a presentar los personajes del Gerundio, como tipos reales.

En primer lugar, si el P. Isla no llamó a su tipo *Gerundio de Valderas*, fué porque temió envolver en el ridículo a su villa querida. Pero el tipo de Fr. Gerundio era de aquí, era como de aquí, era el convento en donde se formó su espíritu estrafalario y pedante, que no era otro que el convento de Carmelitas.

¡Contraste singular! El P. Isla se educó en los Carmelitas de Valderas, y sentía cierta ojeriza—lo dice él mismo—a los Jesuitas de Villagarcía que sostenían el famoso Colegio de donde salieron grandes lumbreras de la Tierra de Campos.

Y por uno de esos cambios repentinos de las almas, que no se explican sin la intervención de la Gracia de Dios, bastaron unos paseos por las afueras de Valderas con el P. Prado—el amigo íntimo del P. Hoyos—y unos

desengaños amorosos, para que el joven pulcro, atildado, mundano, gran poeta, literato eximio, entrara en Villagarcía, como Novicio, a los 19 años.

Eran los días en que los Valderenses brincaban de gozo, y las lenguas todas se ocupaban de los caudales de un fraile Americano, que quería fundar en su pueblo, un Colegio que pudiera competir con el de Villagarcía.

¡Año de 1722!, en que José Francisco de Isla salía de Valderas para el noviciado de los Teatinos, y llegaban a Valderas, por el tesoro de un hijo que perdía, los caudales de Fr. Mateo Panduro para que Valderas tuviera un Centro de Cultura y Campos un Seminario en donde los campesinos pudieran prepararse para el ministerio del Sacerdocio.

¡Fueron dos almas valderenses que se comprendieron y se completaron!

Fr. Mateo quería que sus paisanos estudiaran Teología, la teología maciza, medular de los Tomistas, precisamente cuando los Consejeros de Fr. Gerundio le decían que la Teología era un estorbo para predicar con aplauso.

Al mismo tiempo que se hacían los cimientos de este Seminario brotaba en la imaginación del P. Isla, como una flor de ironía, la idea de purificar el ambiente de los predicadores, y Dios que premia siempre con el éxito las ideas santas, las ideas grandes, hizo que la obra de Fray Mateo, el Carmelita de Valderas, fuera fecunda, y la obra del Jesuita de Valderas tuviera una resonancia merecida barriendo las impurezas de la oratoria sagrada como el sol de estío rasga y disipa las nieblas que se arrastran por el fondo de los valles y se pegan a las grietas de las peñas.

¿Y qué relación tuvo la obra del P. Isla con Valderas, con su naciente Seminario?

¡Ah! Mucho. Veréis. Que el Padre Isla restauró la oratoria sagrada es cosa sabida. Para ello se valió de dos medios. Con una mano demolió los alcázares de los Gerundios, y con la otra construía escribiendo tratados magistrales de oratoria sana. Encarnó el mal gusto en los frailes y en el público que aplaudía a los frailes y quiso su buena estrella que los personajes sensatos, los tipos constructivos, los modelos del buen decir, fueran todos del clero secular, ¡y todos o casi todos de Valderas y de su bendita tierra de Campos!

Hay tres personajes en *Fr. Gerundio* que los tres son campesinos y leoneses; los tres se libraron del común contagio y se yerguen en la novela robustos y simpáticos como robles seculares de un bosque, cuyos troncos no fueron trinchados por el vendaval. Estos son el Beneficiado, el Magistral, y el Canónigo que acompañaba al Magistral.

En el capítulo V describe con pelos y señales al Beneficiado «Que vivía en aquella villa», es decir en Valderas y era hombre listo, de costumbres muy ajustadas, de juicio jovial, que se dedicaba mucho al confesionario y predicaba sus sermones con gusto, con piedad y con celo.

Son tan enjundiosos los juicios de este Beneficiado que con una sola frase solía poner el dedo en la llaga, como aquella que parece hecha a cincel de que «se hace más aprecio de la Cátedra de Aristóteles que de la Cátedra del Espíritu Santo» y ¡claro! a la Cátedra de Aristóteles iban afanosos los doctos, y a la Cátedra de Dios subían los hijos de Antón Zotes.

¿Quién sería este Beneficiado que vivía en Valderas, pero cuyo beneficio no estaba en Valderas?

¿Sería Don Francisco Panduro? Lo cierto es que el Beneficiado era muy amigo de los Carmelitas, con ellos

pasaba grandes ratos conversando de asuntos teológicos y oratorios, llevando él siempre la voz de la tradición de la ciencia española. Por otra parte es cierto que el P. Isla lo conoció y lo trató en Valderas mucho, cuando Don Francisco estaba modelando los planos arquitectónicos y académicos del futuro Seminario. Acaso el autor de la novela quiso dejar un retrato imborrable—que es un panegirico—de aquel sacerdote que supo interpretar los deseos de Fray Mateo Panduro dejándonos este testimonio imperecedero en el Seminario de Valderas.

El Magistral. Es el personaje más simpático, más interesante de todo el libro. Castellano macizo, leonés de cuatro suelas, que conocía bien la lengua francesa, pero que estaba contento con la suya, con la que hacía filigranas oratorias; su conversación con Fr. Gerundio, a solas, como corresponde a los procedimientos de la cristiana caridad, es un tratado de oratoria como no se hizo otro en lengua española después del P. Granada.

El P. Isla dice que el Magistral lo era de una iglesia cerca de Campazas, y esto nos bastaría para sospechar que fuese Magistral de León, pero a la tía Catanla se la fué un poco la lengua en el capítulo IV del libro V y para agasajar en su casa de Campazas a Don Casimiro—tipo valderense que no costaría gran trabajo descifrar—dice que tiene una cama limpia como los chorros del oro «en la que durmió hace pocas noches su primo el Magistral de León que mañana será Obispo».

¿Lo queréis más claro? ¿Quién era este Magistral? Un amigo íntimo del P. Isla, un amigo suyo, un campesino ilustre que dejó honda huella de sus talentos, de su generosidad en Ciudad Rodrigo y en León, un hombre a quien debe mucho este Seminario que le quería como a las niñas de sus ojos y para el cual hizo unas Constituciones en las

cuales se habian de modelar los espíritus y los entendimientos conforme a las formas Tridentinas, gracias a las cuales del Seminario de Valderas habrán salido pocos Magistrales, pero yo os aseguro que no ha salido ningún Gerundio.

Este Magistral que decía a Fr. Gerundio: «Mira, hijo, con sermones como el que acabas de predicar, no veo que te se abran más que dos puertas, las puertas de las cárceles de la Inquisición y las puertas de la casa de Orates», porque aunque te digan otra cosa «yo te aseguro que podrá un teólogo no ser predicador, pero nadie puede ser predicador sin ser teólogo», este Magistral era natural de Palazuelo y se llamó—¡estáis todos pronunciando su nombre!—Don Cayetano Cuadrillero».

No tengo derecho a abusar de vuestra paciencia saliéndome de los moldes del programa. Sólo os diré que aquel canónigo joven, buen poeta, algo socarrón y gracioso que con tanto donaire se ríe de los Gerundios, no creo sea otro que el Arcediano de Valderas, Rafael Daniel, natural de Urones, hombre de gran confianza del señor Cuadrillero y el cual ya octogenario fué a curar las desgarraduras de su alma, en el destierro de las Batuecas y después de una vida accidentada, logró morir en su tierra restablecida la fama de su nombre, puesto en la lista de los afrancesados.

Ahí tenéis, alumnos y exalumnos del Seminario de Valderas, un boceto para un cuadro que vosotros podéis hacer y que haréis de seguro.

El Seminario de Valderas nació cuando la polémica sobre la oratoria era más agitada; y la reforma vino, en parte, por obra y gracia de dos valderenses, el uno, el Padre Isla, matando a los Gerundios con la rechifla de su ingenio sin igual, y el otro, Fr. Mateo, fundando un centro de cultura seria, maciza, para que sus paisanos los

campesinos aprendieran la teología Tomista y se formarían en un ambiente artístico y literario hablando y escribiendo como escribían y hablaban los españoles del siglo de oro.

* * *

Y ahora, para terminar, al ver la magnificencia de este homenaje, el concurso tan lucido de autoridades y comisiones, el entusiasmo de los profesores y alumnos, y la alegría de todo el pueblo de Valderas, permitidme que recuerde aquellos versos de Cervantes delante del sepulcro de Felipe II:

Apostaría a que el ánima de Fr. Mateo
por gozar de esta fiesta ha dejado
un momento la gloria
donde vive eternamente.

EN LA CUNA DE MI CARRERA

Cuando el árbol de mi vida
a brotar comenzó frágiles tallos,
mis padres transplantáronle amorosos
al florido jardín del Seminario.

Trasasé los umbrales de sus puertas
con ansias de algo grande, noble y santo
y aspiré los aromas de sus flores
y viví del calor de su regazo.

Cierto día... ¡qué nombre!...
con un mágico acento pronunciado

hizo vibrar mi alma
como al conjuro de algo sobrehumano.

Y en el regazo austero
que mi vida arrulló con sus abrazos,
sentí vibrantes voces
como de un ángel, estallar clamando:

¡Descúbrete al sonido de su nombre
y escríbele con imborrables trazos
en el libro inmortal de la memoria,
que es nombre venerando!

Y en mi alma de niño
débil chispa prendió de fuego santo,
voz misteriosa de un latir oculto,
brote inicial de un vigoroso tallo,
resplandor leve de una estrella nueva,
chisporroteo de un ardor sagrado,
fuerte latir de admiración henchido,
resonante clamor del entusiasmo.

Y busqué con fervor en todas partes
un libro, abandonado
quizás en el polvo de una vieja estancia,
un libro que impregnado
de aromas de remotas lejanías,
descifrara el enigma involucrado
de aquella voz en el recinto oída
del amplio Seminario.

No lo hallé. Con palabras cariñosas
encendidas en místico entusiasmo,
de aquella voz el escondido enigma,
mi madre en el hogar me fué explicando.

Me dijo que era un hombre
muy grande, muy sagrado.

Un hombre que, nacido en la pobreza,

supo elevar su rango
y escalar a las cumbres de la ciencia
donde brillan espléndidos los astros
y eclipsar el fulgor de las estrellas
con la luz soberana de sus rayos.

Un hombre que en océanos profundos
sumergió su mirada y, arrancando
chispazos de fulgor a las estrellas,
el velo descorrió de sus arcanos.

Que fué un clavel florido
que brilló soberano,
del Señor en los huertos esparciendo
fragancias aromáticas de santo.

Decía, que fué un alma generosa
que el dinero vertió con larga mano,
lo mismo que la vida
suave consuelo a la aflicción llevando.

Un hombre que, alejado de su patria,
sintió hervir en sus venas fuego santo
de amor hacia su pueblo
y, a través del Atlántico,
cualpreciado tesoro,
mandó a la patria su postrer legado.

Su legado fué un beso enardecido
sobre la frente de su pueblo amado.

Me dijo, que aquel beso
germinó, como un árbol,
junto al hogar en donde fueron bellos
sus infantiles años.

Y alzóse, como se alza un obelisco
de admiración, sagrado,
sobre las ruinas de su hogar vetusto
la mole espiritual del Seminario.

¡El Seminario! La ilusión sagrada
que turbó de sus sueños el descanso.

¡El Seminario! La luciente estrella
que adivinó en sus sueños alumbrando
los campos de su patria idolatrada
con luz de santos y con luz de sabios.

Tal fué un legado que mandó a su pueblo
envuelto en las caricias de su abrazo.

Por eso grita en el recinto austero
del amplio Seminario,
la voz sagrada que vibrante estalla
entusiasta cariño reclamando.

¡Descúbrete al sonido de su nombre
y escríbele con imborrables trazos
en el libro inmortal de la memoria,
que es nombre venerando!

ANTONIO G. DE LAMA.

DISCURSO

El Episcopado y la civilización americana

Civilizar un pueblo, una raza, un continente, mucho más noble, difícil y abnegado es que conquistarlo.

Un sacerdote, con alma iluminada por vivos rayos de Fe, y henchido su corazón, abrasado en celo, he ahí los primeros gérmenes de la civilización de un pueblo. Ignora su lengua el misionero; desconoce, por ventura, como desconocían los apóstoles, aun el mapa de su misión; el carácter, aficiones, gustos y grandes vicios de un pueblo salvaje, apartado y escondido en tinieblas de muerte a muchas leguas de la civilización. No importa. Vestido con pieles, cuando es preciso, y oficiando, cual otro Javier, de maletero en estaciones y puertos, aprende lengua y costumbres dejando pasar días, meses y años, conversando quizá en la selva con pastorcillos.

Músico muchas veces y médico el misionero junto a la cabaña del salvaje, no ignora los fundamentos de la economía ni el gobierno de los pueblos. Un amigo al principio, que deleita con melodías y acordes a la vez que con su trato apacible y bondadoso; el médico que alivia y cura prodigiosamente dolores, llagas y úlceras, es luego el consejero, y el árbitro, y el confidente, y el bienhechor

de los grandes y de los pequeños, de la infancia, de los ancianos, singularmente de los pobres, de la mujer envilecida, de la miseria y del hambre.

Fijo su pensamiento y su corazón en lo Alto, gimiendo en la soledad y mezclando con ceniza el duro pan que hablandan su celo de apóstol y su confianza en Dios, cuando ha llegado el momento, subyugados ya los corazones y dispuestos, habla junto a las fuentes, a la sombra de las palmeras, en los recodos de un camino y en la pobre canoa de un isleño miserable, de la economía y civilización de pueblos más venturosos, de su religión y costumbres; y esta música viene a ser más dulce que la de los instrumentos; este bálsamo, aplicado a llagas inveteradas, es mucho más suave al corazón del salvaje que los medicamentos prodigiosos del misionero: es un mago, un médico, un bienhechor, un padre, y como hijos le acompañan, enfermos de cuerpo y alma los salvajes; que bálsamo destilan para todas las dolencias aquellos gemidos, consejos, oraciones y pláticas del extraño y aparecido viajero.

¡Lástima que toda redención de un pueblo haya de seguir la ruta del Calvario! Muy pronto hábitos, intereses, egoismos, al parecer sagrados; la pasión violenta del salvaje, un cacique, un bando; la envidia, la soberbia, manchan la selva; convierten una misión que tenía todos los encantos de una Noche Buena en desolación y matanza de inocentes. El misionero, un segundo misionero y otros misioneros han ido cayendo al filo de la espada, en las garras de una fiera, oprimidos y envenenados quizá por el áspid y por la serpiente, si no lo han sido por la saeta emponzoñada que impunemente les alcanza muchas veces.

Pasaron algunos años, quizá un siglo; cambia la decoración. Robustas palmeras, bosquecillos, al parecer bien cuidados, cobijan y sombrean unas pobres cabañas. Juegan alegres y, de cuando en cuando, se mueven por entre las cabañas, bosques y palmeras, niños muy alegres, mujeres y hombres de tez y aspecto muy raros, con otras figuras muy simpáticas, de nobles facciones, que alguien tomaría por solitarios, arrancados de algún eremitorio (plantas que para dicha de los salvajes florecen en aquella soledad exuberante de vida y vegetación): es la futura capital de una diócesis; aquel ermitaño es, un Obispo, el primer Obispo. ¿No veis las cabañas, medio escondidas entre las sombras de los árboles? Tan pequeñas como son, miradlas bien; la más alta que mide siete metros de largo por dos y medio de alto, es... *la catedral*; la de la izquierda, más pequeña y menos alta... *el Palacio del Obispo*; la tercera, poco más o menos que la segunda... *el Seminario Conciliar*.

Han muerto muchos religiosos, no lo negamos; pero ha triunfado la Fe, la ciencia, la virtud y abnegación de nuevos misioneros. El Obispo con tres, cinco, siete sacerdotes, recorre ya valles y comarcas, haciendo a todo el mundo mucho bien, como lo hiciera el Primer Misionero. Aunque se vea precisado a trazar líneas, números, notas y letras para los hijos de aquellos pastorcillos y cazadores junto a una fuente con su *dedo* en arena *pura* (ya que sólo tiene papel (cuando lo tiene), para comenzar el primer diccionario de su lengua y apuntes geográficos, estadísticos y comerciales que aprenderán luego en las clases, los hijos de la civilizada Europa), las familias, pueblecitos y aldeas les aclaman y bendicen, sin que deje por eso la intriga y el veneno y las fieras de seguir derramando sangre inocente: escuelas, instrucción, asilos, un

hospital, alguna choza, cabañas, casi todo al aire libre, he ahí la cabeza de un vicariato que muy pronto será la capital de una gran diócesis; barbarie, rudeza y paganismo ceden ante la savia, la ciencia, la virtud, las costumbres, la beneficencia, el derecho, la economía y el espíritu de los pueblos civilizados y de la hermosa Religión del Gólgota.

* * *

Llega un día. Esperan por primera vez los salvajes al gobernador de una muy dilatada provincia. Tienen ya escuelas, cultivos, caminos y puentes en los antiguos valles; Ayuntamientos y Gobiernos municipal y regional, si os place. Muchas veces dijeron a los neófitos que deseaban conocer valles y aldeas, un representante de aquel Gobierno colosal que, dominando sobre tribus y naciones, abajó su grandeza, e infundió nueva vida y costumbres apacibles entre selvas y peñascos. En realidad, cuanto el Gobierno y su representante conocían de aquella organización y prosperidad, a los religiosos, al clero y al Obispo lo debían, como les debían los progresos y organización, las primeras y las últimas noticias que de puentes, calzadas, cultivos, industria y comercio daban constantemente a comerciantes e industriales, los diplomáticos y gobernadores, apoyados en la robusta virtud, sinceridad, saber e ilustración de sacerdotes, misioneros y Obispos. ¡Cuántos misioneros y... cuántos obispos!

* * *

Pero, un obispo, señores, como Fr. Mateo, hace ya 200 años, en América, después de haber brillado en su

patria como astro de primera magnitud por sus virtudes, su ciencia y su carácter; experto en el manejo de los negocios, civiles y eclesiásticos, lo mismo en las interioridades de una orden religiosa, que cerca del complicadísimo engranaje de asuntos comprometedores en el Consejo de su Majestad; desprendido, cariñoso y noble; práctico y detallista, si bien abrasado por los más bellos ideales patrióticos, científicos y religiosos; amante de las leyes y tan respetuoso para con las autoridades, como exacto en el cumplimiento de su deber; ejemplar en todo; con aquella elevación de miras en su gobierno; anhelante del bienestar moral y material de sus felices diocesanos y dotando a su diócesis de una institución admirable que aun hoy no tienen muchísimas y muy ricas diócesis europeas...; veinticinco años infundiendo, derramando, gastando a torrentes, como él supo hacerlo, ciencia, oro, vida, virtud, carácter, patriotismo, cariños e ideal en aquellas latitudes, apenas civilizadas...!

* * *

¡Dichosos bolivianos y colombianos... América y España! Razas, pueblos, naciones, imperios, legisladores y miserables filántropos ¿habéis calculado los tesoros de ciencia, de sangre, de virtudes, de patriotismo, Fe, virtud y amor que ha derramado el Episcopado español en las vírgenes tierras de América? ¿Os dais cuenta de la importancia y colosal figura de Fr. Mateo Panduro y Villafañe, genuina representación y reflejo del alma española en la colonización americana? ¿Es Fr. Mateo grande... merece un homenaje, pueblo de Valderas? Si; tuyo, nuestro, de la provincia, de toda la región, de las provincias limítrofes, de la Iglesia, de la patria, de la civilización, de la ciencia,

de la virtud, de su Orden (1), de Colombia, de Bolivia, de los Gobiernos, de los pueblos, de todas las personas, amantes del progreso, de la virtud y del saber, lo mismo en América la joven, que aquí en su patria y en toda la ya vetusta Europa... El Homenaje, para decirlo en una palabra, de todas las personas de valer en ambos mundos.

TEODORO SÁNCHEZ.

(1) Los Rvmos. Obispos de La Paz y de Popayán, han contribuido con el mayor entusiasmo al Homenaje, con adhesiones afectuosísimas, con sus elogios a Fr. Mateo y a su obra eximia allende los mares, con preciosos datos biográficos que ávidos recogemos sus hijos de aquende los mares, y enviando su fotografía, ya que no podía venir en persona como lo ha hecho el Rvmo. Prelado de la Paz

OFRENDA DE CARIÑO

Estas rimas caducas
Y sin aliño,
Son la ofrenda ferviente
De mi cariño.

Son sabrosos recuerdos,
Son añoranzas,
De una edad que se alaba
Sin alabanzas.

Pasó rauda y ligera
Y al recordarla,
No sabe hacer el alma
Sino llorarla.

Pero es bendito llanto
Que este sollozo
Es de un alma que ríe
Llena de gozo.

Es como agua que llueve
La nubecilla
Cuando el sol en el cielo
Luciente brilla.

Y ese sol es que ahora
Vuelvo a ser niño
Al rimar esta «Ofrenda
De mi cariño».

¡Doce años!... ¡quien lo dijera!...
Desde que por vez primera
Puse el pié en esta morada...
Y hoy al entrar otra vez
Contemplo este Seminario
Como libro centenario
Con las hojas perfumadas
Con aromas de niñez.
Veo en lo alto las campanas
Que en las heladas mañanas

Nos turbaban vocingleras
El reposado dormir.

Los claustros... que en ejercicios
Cual fervorosos novicios
Meditando recorrimos
En continuo ir y venir.

Las clases donde luchamos
Día tras día, y temblamos
Cuando llegaba la hora
Del rudo examen final.

Los patios testigos ciegos
De nuestras voces y juegos
Con sabores de inocencia
Y alegría fraternal.

Veo por fin la capilla
Que la Virgen sin mancilla
Y el buen Jesús del Sagrario
Presiden desde el altar.

Y siento las emociones
De los puros corazones
Cuando con rojas medallas
Se acercan a comulgar.

* * *

Mas... ¿qué seguir el camino?
Soy romero peregrino
Que sufrió la ausencia larga...
Y al tornar a mi mansión
Embelesado me pierdo
Viendo grabado un recuerdo
En cada piedra que piso...
En cada oculto rincón...

¡Bendito vergel de flores,
Cuyos subidos olores
Se esparcen por los hogares
De mi querida región.

¡Luchad! que la gloria es mucha
Para el apóstol que lucha
Buscando el temple que exige
Nuestra santa vocación.

Colmaréis así el anhelo
Que con gran tesón y celo
Persiguen entre vosotros
Superiores y Rector.

Y así seréis la corona
Que esplendorosa pregone

La gloria de Fr. Mateo
Nuestro sabio fundador.

* * *

¡Pobres son mis canciones...
Pero me alienta
Pensar que son valiosas
Teniendo en cuenta
Que estas rimas caducas
Y sin aliño
Son la «Ofrenda ferviente
de mi cariño».

LUIS LAZARO LÓPEZ SANTOS.

DISCURSO

pronunciado por

D. MANUEL GONZÁLEZ BLANCO

en el homenaje al Ilmo. Sr. Fr. Mateo Panduro y
Villafañe, en el Segundo Centenario de la funda-
ción del Seminario de Valderas. 9 junio, 1925 (1).

ILUSTRÍSIMO SEÑOR.

SEÑORES:

Nunca como en esta ocasión me he sentido tan sereno y tranquilo al dirigir mi palabra, porque cuento con vuestra indulgencia, sin cuya posesión yo no hubiera ocupado este palenque literario, donde llego, no por méritos propios, de los que carezco en absoluto, sino por mi doble cualidad de valderense y exalumno de este Seminario. Sé también que estoy en Castilla, a quien el más místico de nuestros prosistas llamó Madre y Nodriz de pueblos, señora de ciudades, campo de cruzados, teatro

(1) Como de costumbre, no tenía escrito su hermoso discurso el señor González. A requerimientos de la Comisión e imponiéndose un nuevo sacrificio lo ha escrito, con las inevitables diferencias, como es natural, y un poco más extenso, ya que por excesiva delicadeza, no se determinó a pronunciarlo en la velada como lo tenía preparado.—(Nota de la Comisión).

de epopeyas, cuna y sepulcro, cofre y granero, mesa y altar. Se que estoy en Valderas, que para mi, es lo mismo que decir, escuela donde aprendí a leer, hoyo sagrado en que la huesa hundi6 para siempre carne de mi carne y sangre de mi sangre; pedazo de tierra bendita que se estremeci6 con el grito de dolor de mi madre cuando con un beso me di6 con mi vida su propia vida; dulce recuerdo en fin, de aquel hogar cristiano de mi niñez, alumbrado eternamente por las llamas de la honradez y de la virtud, y que destruido en parte por los rigores de la muerte, aun continúa proyectando sobre mi vida los últimos resplandores. Se que estoy en Valderas, que cual viejo peregrino dormido a la orilla del Cea y a la sombra de sus castillos legendarios, se despierta hoy vestido de sus mejores galas para honrar la memoria del hijo predilecto, del sabio cumbre, del virtuoso fundador de este Seminario, donde tantos y tantos bebimos en la fuente del saber y de la virtud; y estando, señores, en Castilla, y estando sobre todo, en Valderas, yo puedo hablar sin emoción y sin miedo, porque si nunca extrañ6 al extraño, menos extrañará al propio, al hijo que a través de las vicisitudes de la vida, siente cada día agigantarse más y más en su corazón el amor inmenso que le profesa.

Mucho siento que mi intervención en esta velada, decepcione por completo vuestras esperanzas, si es que algunas habiais concebido respecto a mi. Yo, no soy orador; yo, no poseo el don de la elocuencia; mi pobre palabra además, retorcida y contrahecha por el batallar incesante de la propaganda social, y acostumbrada a las exaltaciones del meeting, se que ha de constituir una nota altamente discordante, en este ambiente de cultura, sereno y templado; no obstante estar persuadido de ello, fueron tan insistentes y cariñosos los requerimientos que

se me hicieron para que hablara en este acto, que no me fué dable rehusar sin que me hubieran podido tachar de descortés e «ingrato», ya que en estos claustros y en estas aulas, empecé a cultivar mi inteligencia y a formar mi carácter.

Y hechas estas ligeras observaciones, no me resta más que solicitar de este noble jurado aquí congregado, que cuando dicte la sentencia futura, en la parte que a mí se refiera tenga muy en cuenta, que si la misericordia siempre es buena, cuando se aplica a los modestos y humildes como yo, es más que buena, es santa y expresión feliz de sentimientos nobles, levantados y generosos, de los que Valderas dió siempre prueba harto elocuente y expresiva en todas las manifestaciones de su vida.

Cuando subía yo a esta tribuna, alguien me dijo que el tiempo estaba muy limitado y medido para cada orador; de ello me congratulo, porque obligándome las circunstancias a ser breve, vuestra tortura al escucharme también será menor; he aquí por qué voy a limitarme solamente a comentar la verdadera significación de estas fiestas centenarias.

Yo no veo en ellas solamente una prueba de amor y gratitud de un pueblo hacia el hijo glorioso que en pasadas centurias supo descollar con las excelsitudes del saber y de la virtud; yo veo palpar en ellas, ante todo y sobre todo una hermosa, una valiente y suprema afirmación de fe religiosa. Valderas hoy con un lenguaje mudo, pero muy elocuente y expresivo, y con una unanimidad verdaderamente consoladora ha dicho bien alto cuan orgulloso se siente de su Seminario, donde no solamente se enriquecen las inteligencias de sus hijos con verdaderos tesoros de ciencia, sino que también se cincelan y pulen sus almas con los hermosos buriles de la fe y de la

virtud, incubándose aquí esa espléndida y simpática floración de sacerdotes cristianos, que derrumbándose después por todos estos pueblos campesinos saben hacer de ellos diques potentes contra los que se estrella ese torrente materialista que se ha desbordado por el mundo entero, y entre cuyas sucias y encenagadas aguas, van flotando en otros países astillas de altares, de tronos e instituciones. ¡Y qué hermosas, qué valientes son estas afirmaciones de espiritualismo cristiano de un pueblo, en estos tiempos de brutal indiferencia religiosa, en los que el soplo de helados modernismos va aventando del suelo sagrado de la patria venerandas tradiciones! Hoy, todos lo sabéis mejor que yo, pesan sobre la pobre sociedad actual, «como herencia maldita», las últimas consecuencias de aquel individualismo racionalista preparado en el orden filosófico por Voltaire, en el orden político por Rousseau, y en el orden económico por Adam Smit. Individualismo racionalista que tomando en sus manos el corazón del hombre y hablándole con el lenguaje del más descarado y grosero materialismo, le ha dicho: «No existe el Dios que te enseñó tu madre a bendecir en la cuna; no hay para ti destinos ultra-terrenos y suprasensibles; tu última patria es este miserable barro que pisas; no eres más que una simplísima combinación de elementos físicos y químicos presididos por leyes fatales y ciegas, que al deshacerse volverán al seno de la tierra de donde serán lanzados una y mil veces para formar nuevas y fugaces entidades incessantemente renovadas en el eterno evolucionar de la materia y de la fuerza; eres libre e independiente con independencia y libertad absoluta; no veas en el hombre un hermano, que ya te dijo mi viejo filósofo Hobes que el hombre es para el hombre un lobo: grita, perturba, conspira, incendia y si es preciso mata, que la vida al fin y al

cabo no es más que una lucha en que siempre triunfará el fuerte».

Y las consecuencias, y las resultancias de estas teorías, ya no tengo necesidad, porque bien recientes están, de recordarlas; vedlas sino, en esas brutales convulsiones políticas y sociales, que han removido los cimientos aun de aquellas instituciones que parecían más sólidas y robustas; en esas huelgas generales que suspendían y paralizaban por completo la vida nacional; en esos cobardes y viles atentados sindicalistas, que con el nombre sarcástico de justicia social, llenaron de luto nuestras ciudades más bellas, en esos afanes revolucionarios que deslumbrando a las muchedumbres trabajadoras con el señuelo de irrealizables utopías, hicieron de ella formidables fuerzas de choque que llevaron el pánico y el estremecimiento al capital español que temeroso huyó al extranjero; en esa relajación de costumbres que constituye el sello infamante de nuestra época; en ese resquebrajamiento de la familia, verdadera célula social, que se la quiere llevar desde la mancebía disfrazada del matrimonio civil hasta la prostitución sin máscara del amor libre; en todas esas grandes crisis en fin, que conturban y acibarán la vida de las modernas democracias. Porque en la tristísima hora presente, no lo dudéis, todo se halla en un estado de honda y profunda crisis; como dice muy bien Barcenilla, crisis de las ideas provocada principalmente por el positivismo y concepto materialista de vida; crisis, aun más honda en el orden ético, por la ausencia cada vez mayor del Decálogo Cristiano; crisis en el orden político por el fracaso de las viejas oligarquías; crisis en el orden jurídico por la influencia del llamado derecho nuevo; crisis en el orden económico por el divorcio, por la lucha entre capital y trabajo, y como consecuencia de ello

señores, crisis aterradora de la vida moderna, que se manifiesta en orientaciones torcidas, en tendencias encontradas, en instituciones que sucumben, en pasiones que triunfan, en virtudes que gimen, en conspiraciones latentes, en guerras fraticidas, en falta de verdades, en sobra de errores, en esa absoluta y total carencia de caracteres que obligaba a exclamar a Juffroy, a mediados de siglo: *Ya no hay hombres*. Y esos hombres de ideales levantados y generosos de que tan carente se encuentra nuestro siglo, que sientan las palpitaciones de la vida, las gallardías de la lucha, no podrán nunca formarse con esa educación neutra que hoy informa la vida pedagógica de nuestros centros oficiales de enseñanza; esos hombres sólo podrán ser producto de una educación profundamente religiosa como la de los Seminarios, porque lo neutro ha sido y siempre será lo gris, lo híbrido, el reposo de la muerte en contraposición de las turbonadas de la vida. Pero aun más señores; el espíritu cristiano no solamente perfecciona a los individuos, sino que también perfecciona a las sociedades. Consultad la Historia, leed una a una las páginas de ese gran testamento de los siglos, y no tendréis más remedio que convenir conmigo que mientras el espíritu cristiano reinó sobre la sociedad, ésta vivió feliz y el progreso se realizó sin intermitencias; mientras la fe reinó en Europa, Europa señores era un verdadero paraíso. Como describe en crónica de oro, uno de nuestros más brillantes prosistas, el insigne Zozaya, una tarea magna, secular, había alzado modernas ciudades, prodigiosos emporios de belleza, de arte exquisito y de incomparable magnificencia. A fuerza de tenacidad la humanidad consiguió alzar monumentos a sus héroes e investigadores, formó pinacotecas, construyó escuelas para sus niños y templos para sus divinidades.

El arte hizo palpar el bronce y el pórvido; el amor al progreso tendió puentes, perforó montañas floridas y canalizó ríos; el vapor transformó páramos infecundos en lujuriantes florestas; el instinto de humana solidaridad, se asomó a los microscopios, para buscar los gérmenes de la enfermedad y transformarles en principios de vida; se empolvieron las pizarras para buscar aquellas fórmulas que concretadas en energías pretendían acabar con el infortunio y la miseria; la humanidad en la noche estrellada de los tiempos, consultó su arcano a los cielos y su misterio a las nebulosas, y en un lenguaje pulimentado por los siglos y cincelado en libros inmortales el progreso inspirado por Dios, dijo a los hombres, que eran hermanos, que juntos tenían que combatir contra el infortunio y la miseria, no con la violencia de los viejos caudillos, sino con el esfuerzo de los precursores y la clarividencia de los profetas para sellar en un supremo contacto de afectos e ideas el eterno Decálogo de Fe, Justicia, Paz y Amor. ¿Y que pasó cuando la idea cristiana fué arrollada por el torrente materialista? que toda esa obra ingente, producto de muchos siglos y generaciones fué deshecha en un día. Los modernos Atilas de la guerra europea, hicieron abreviar sus caballos en las tazas de las fuentes inmortales, desgarraron con sus ferradas espuelas las dispersas hojas de los viejos folios y las modernas páginas de los libros de investigación; convirtieron en establo los parainfos de las Universidades, en tascas los quirófanos y en polvorines los Museos; su lengua gutural y grosera injurió las pulcras sonoridades, las acompasadas cadencias, en que el genio de Lacio immortalizó lo sublime y lo ideal; una carcajada brutal y grosera jamás escuchada desde el día en que el angel malo fué precipitado al abismo, se alzó sobre el llanto de legiones de siervos y millones de

madres, hasta que la humanidad ahita de sangre, en un supremo movimiento de contrición, cayó de rodillas, clavados sus ojos en el cielo y pidiendo como decía el gran Mella por un nuevo «fiat lux» que convirtiera el crepúsculo macilento de aquella civilización que agonizaba en una nueva aurora de resurrección y de paz.

Por eso, pues señores, hemos de procurar que el espíritu cristiano informe la vida española, y si yo tuviese virtud suficiente para que mis palabras llegaran hasta las alturas de ese Trono donde se sienta un Rey, caballero y cristiano, que no ha mucho doblaba sus rodillas ante Pío XI, leyendo aquel hermosísimo mensaje, cada una de cuyas palabras era un valiente latido del corazón español, yo le diría: Señor, Majestad, restaurad la fe católica que bebimos en los pechos de nuestras madres, que con tintas de esa fe, escribió tu patria las más bellas páginas de su historia legendaria. Si cuando invadida España por las huestes agarenas, Pelayo inició en Covadonga la gloriosa epopeya de la Reconquista; si la Monarquía Asturiana se extiende por las Conquistas de Alfonso I, Bermudo I y Alfonso III hasta llegar a infundir pavor al poder musulmán en la época de Alfonso VI el Conquistador de Toledo; si apenas nacido el Reino Pirinaico, sus estados crecen por las victorias de Alfonso el Batallador, fué, no lo dudéis, porque todos aquellos Reyes y caudillos llevaban una cruz en el pomo de su espada.

Aterrados los reyes de Taifas, llaman en su auxilio a los Almorabides primero y a los Almohades después; pero ahí está la batalla de las Navas que cubre de gloria a Castilla y a Vizcaya, a Navarra y Aragón; mas ¿por qué vencieron Don Alfonso de Castilla y Don Pedro de Aragón y Sancho de Navarra y don Lope de Vizcaya?; fué, no lo dudéis, porque también llevaban la cruz en el pomo de

sus espadas. Con la cruz en la mano el Rey Santo conquista a Córdoba y Sevilla y Don Jaime de Aragón se apodera de las Baleares y rescata a Valencia; ya no queda más que el pequeño Reino de Granada; pero la Ciudad es cercada, el sitio se estrecha, y al fin Granada se rinde y cae y la unidad nacional se consolida. Pasan los años, nuevos bárbaros aparecen por el Norte. Es el principio de la reforma protestante que todo lo avasalla, pero nuevamente surge la España Cristiana que echa sobre sus hombros la improbable tarea de salvar al mundo con la pluma de sus teólogos y la espada de sus conquistadores. Llegamos por fin al siglo XIX, y aquella águila Napoleónica que cubrió con sus negras alas todo el cielo de Europa hasta que llegó el día en que cayó mortalmente herida en la isla de Santa Elena, también quiso clavar sus fieros gavilanes en el corazón Español, pero nuevamente nuestra patria se salva por su fe, y surgen como incendios hermosos de heroísmo, Bailén, San Marcial, El Dos de Mayo, que dicen bien claro al mundo, de lo que es capaz un pueblo que lucha por su Dios y por su fe. ¡Oh bendita fe! Yo te saludo; porque tú guiaste a los héroes de mi patria; tú armaste su brazo de fuerza y valor; por tí realizaron sus gloriosas azañas; tú inspiraste nuestras gestas más bellas, tú fuiste el motor sagrado de nuestra historia; tú fuiste el yunque donde se forjaron los eslabones de nuestra cadena de glorias; tú eres el eje, tú la clave, el nervio, la esencia entera de mi patria.

El reloj me acusa de haber consumido mucho más tiempo que el que se me había asignado y procuraré terminar.

Valderas hoy al enaltecer la memoria de Fr. Mateo Panduro y Villafañe, ha trabajado por su propio enaltecimiento. Dichosos los pueblos que saben honrar a los que

por su gloria se esforzaron, porque son dignos también de participar de esa gloria. Y por eso, al contemplar el esplendor de estas fiestas centenarias en que han vibrado al unisono tantos corazones nobles, unidos por el mágico aglutinante de ideales levantados y excelsos, parece que de mi corazón desaparece todo género de pesimismo y brota la confortadora esperanza de una España futura, cristiana y próspera.

No lo dudéis, la España decaída de hoy va elevándose poco a poco a las altas cumbres de la España prepotente de ayer; el siglo de las leyendas doradas se enlazará con el siglo de las leyendas rotas, porque los unirá la cadena de oro del trabajo de los buenos españoles, y el viejo y dormido León Hispano, al ruido de los matraces de los laboratorios de nuestras Universidades, y del volante de las máquinas de nuestras fábricas, despertará de su modorra, y poniéndose en pie y sacudiendo fieramente al viento su hermosísima melena, caminará una vez más por la senda del progreso, atronando al mundo con el ruido de sus glorias.

He dicho.

AGRADECIDOS Y HONRADOS

Al Ilmo. Fr. Mateo Panduro
V. Gangoso, fundador del Se-
minario de Valderas, sus pa-
rientes, en el 2.º centenario
de su muerte.

Su gratitud te dicen, por mi lengua,
Tus parientes rendidos,
Y muy agradecidos,
Hoy, en tu nombre, damos las gracias más sinceras
Al egregio Prelado,
Nobles Diputaciones,
Ilustres personajes,
Y queridos amigos, ¡que tanto han trabajado!
Para estos homenajes
De la inclita villa de Valderas.

* * *

El amor a tu pueblo quedó escrito,
En ese manuscrito,
Que «Alma de Valderas»
Ha poco publicara
Y en ese documento,
¡Tan mudo y tan callado!
¡Pero tan elocuente!
Que, después de dos siglos, ha triunfado.

* * *

Con tu ciencia subiste a las alturas,
Donde el condor se mece;

Tu caridad, más grande que tu ciencia,
Fundó este Seminario,
Semillero de santos amores
Y de excelsas virtudes,
Que en mil pechos fiorecen.

* * *

Tu pueblo se levanta
Para cantar tus glorias;
Los alumnos te ensalzan;
Tus parientes estamos
¡Ufanos y orgullosos de tu santa memoria!
¡El mundo te bendice!
¡¡Valderas cual te ama!!...
Y en el cielo te sirven de corona
Miles de sacerdotes y millones de almas.

E. RAMOS.

Entre la poesía del señor Ramos Gangoso y la del señor Estrada, tuvo lugar una vibrante y elocuente improvisación del R. P. Simón M.^a Besalduch, Carmelita Calzado, que saludó en nombre de la provincia carmelitana Arago Valentina, y recogió en su inolvidable saludo cuanto, a honra y gloria de su esclarecido Hermano de Hábito, tan brillantemente habían realizado en aquel día, pueblo, Prelado, Seminario, Clero, Diputaciones, ilustres representaciones, exalumnos y alumnos, con cuanto estimaba y se honraba en Fr. Mateo Panduro y Villafañe, la Orden Carmelitana, el Hábito de los Hijos del Carmelo y su querida provincia religiosa de Aragón y Valencia. Sentimos no poderla reproducir en este lugar.—(Nota de la Comisión).

NOTAS DE MI LIRA

A Valderas en el homenaje
al fundador de su Seminario.

¡Patria querida, Valderas!
¡Salve a ti noble matrona
que luces en tus banderas
las llamas, y en tu corona
la virtud de tu patrona!

A los lugares más lejos
de tus hijos fué el valor,
y llegaron los reflejos
de tu inmarcesible honor,
y de tu entrañable amor;
que son límpidos espejos.

A las tierras castellanas
regalaste tu nobleza
y auroras americanas
vieron lucir tu pureza
en un alma de grandeza
superior a las humanas.

En humilde cuna y pobre,
de Valderas en el suelo,
nació Fr. Mateo, el hombre
que con la cruz por consuelo

cifró en Valderas su anhelo
para legarla su nombre.

En Salamanca soñaba
con las tierras de sus lares;
en América pensaba
remediar de los hogares
de su pueblo los pesares
y su ilusión realizaba.

Fué la pasión por su cuna
tan acendrada y notoria
que te envió su fortuna;
y te mandara la gloria
que merece su memoria
de recuerdo cual ninguna.

El fundó tu Seminario
que de santidad es templo,
y es a la vez relicario
donde, si miro contemplo
de su patriotismo, ejemplo
de sus amores, sagrario.

A Fr. Mateo Panduro
recuerda con devoción;
nació humilde, pobre, oscuro
pero con tal corazón,
que en la historia una lección
dejó escrita su amor puro.

Valderas de sus amores,
que diste a luz hijo tal;
corónalo con tus flores,
y con tu amor maternal
graba su nombre inmortal
al frente de los mejores.

Ofréndale tus cariños

y tus sentires añejos,
cual tú quieres, sin aliños,
y haz que aniden mis consejos
en las frentes de tus viejos
y en los pechos de tus niños.

El paso firme y seguro
de gigante, que hoy has dado,
es enseñar al futuro;
es cumplir con el pasado;
es pagar lo que ha ganado
allá en Popayán, Panduro.

Con la violenta emoción
de que das múltiple muestra;
con el magno corazón
que tu homenaje demuestra
afirmas la enseña nuestra,
bandera, fuego y León.

¡Patria querida! ¡Valderas!
Salve a ti; noble matrona
que luces en tus banderas
las llamas, y en tu corona
la virtud de tu patrona.

J. ESTRADA.

Valderas, 9 de junio de 1925.



Hemos preferido enviar gratis, como desde luego propusimos, un ejemplar de este folleto a cuantas personas contribuyeron al Homenaje de un modo especial, dejándoles en libertad para contribuir como crean más conveniente a la fundación de la beca conmemorativa del Homenaje. Para los demás, el precio es de **una peseta**, que destinamos al sostenimiento de la misma.

RECEIVED
JAN 10 1904